

GRANO DE ORO

BALTASAR IZAGUIRRE ROJO

GRANO DE ORO

BALTASAR IZAGUIRRE ROJO

UNA NOVELA DE MALAS COSTUMBRES

Juan de Dios Guerrero

Todos los derechos reservados por el autor.

Registro en trámite ante la Dirección General
de Derechos de Autor de la SEP,

Primera edición

Difocur.

Culiacán, Sin., 1994

Primera reimpresión

Creativos7editorial

Baila 871 Col, Rosales

C.P. 80230 Tel. 455 6615 Cel. 667-175-7817

e-mail. creativos7editorial@hotmail.com

Culiacán Rosales, Sinaloa, 2006.

Un mil ejemplares

*HECHO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO*

LOS LIBROS HACEN HOMBRES LIBRES

GRANO DE ORO

*Con gubia de mañanas que en alabastros mora,
rasgar incandescencias de silencio infinito,
para verter a rampos de ensueños de granito
vigores de silueta y eternidad en hora!...*

*Asumir refulgencia que en espada decora
mirífico destello de arrogancias ahíto
y dar sobre premuras, fulgor, numen y rito
a todo cuanto exulte matiz, polvo y aurora!*

*Dotar entre opulencias de desdén absoluto
viña, vid y licor de emanaciones nuevas,
sobre cuerpos derruidos para trocarse en fruto!*

*Y ser, frente a presagios de márgenes fecundos,
jagua regia de glorias que se sublima en pruebas,
o diamante que engarza gravitación de mundos!*

SALMO DE SALUTACIÓN Y ENVÍO

Quizás todavía no suene la hora de las rectificaciones. Quizás todavía no haya transcurrido el tiempo indispensable, sobre los hombres y los nombres, para merecer el holocausto inmarcesible en los jardines de la Inmortalidad! Pero, empiezan ya a ensancharse, bajo el objetivo de las integraciones, las figuras del ayer recién cumplido, que grabaran los puntos suspensivos de una labor prócer en las efemérides de la existencia nacional.

Se deslindan campos y se analizan hechos y sujetos en una inquisitiva ética de alivios morfológicos, hacia lo que se debe ser entre lo que se es y hacia lo que se ha de respetar entre lo que se teme. La visión retrospectiva cánsase un tanto de olvido y de injusticias y los seres que rodaron en la brega como que se resisten a esa inanición de excelsitudes para conveniencias materiales del instante, en mínima ponderación estimativa.

Rafael Buelna, el heroico, el idealista, estudiante-soldado que amalgamó y concitó en si mismo la convergencia extraordinaria del valor, del talento y la virtud ciudadana, resurge a la sideración del patriotismo sincero, cual una figura engarzada en ática devoción de los que aún no cambian ejecutorias límpidas en los bancos que cotizan el substrato estimativo de las almas a subasta!. Rafael Buelna, el inconforme, el romancero estilizado en pintoresco remoquete popular, que bulle en los cantares al ritmo de GRANO DE ORO, por su limpieza, por su arrogancia y por su valentía, que cae, con el rostro a lo imperecedero, envuelto en el mutismo convencional y raquíptico de la pasión transitoria, va

incorporándose de la tumba para dar el alerta a las juventudes nuevas, con el ejemplo de su juventud y la pureza de su historia!....

Y esta generación llamada a las anatomías absolutas y a las forestaciones purificadoras, esta generación que sabe, porque lo aprendió en el martirio de sus progenitores, que hay que fundir la acción al verbo y la palabra a la Vida, para que puedan iluminarse las apoteosis necesarias, restañará este nombre y este hombre de entre las lágrimas infinitas de nuestras renunciaciones implacables y lo exultará y lo imitará en el sendero incadescido de su tránsito a la verdad, a la perduración y al patriotismo!.

Por eso van estos retoques líricos sobre la testa del visionario muerto, en ansia de encontrarle más allá de las absurdas pequeñeces de los hombres que, por haberle comprendido demasiado, fingieran no comprenderle!.

Sea, en buena hora, recogimiento de impotencias constructivas en afán de cicelar al que supo ser grande como ciudadano, como soldado y como amigo!

EL CUENTO DE GODINEZ

(A guisa de prólogo)

El Coronel Godínez, mi gran amigo de pasadas épocas muertas, quiere hacer un cuento!... El Coronel Godínez, como hombre, y el cuento, como forma literaria, son perfectamente antitéticos!...Sin embargo, él desea escribir una narración y llega a mi, por los senderos suaves de la súplica, en ansia de lograrlo...Siempre fue mi mejor cualidad la de escuchar y yo escucho y hasta dialogo con mi apreciable Coronel Godínez:

-¡Artista!-me dice al iniciarse –querrá usted creer –él pronuncia “quedrá” –que se me ha metido en la chiluca la “vacilada” de ajustar un cuento!...

-¡No me diga, coronel!

-¡Sí, señor!

-Y cómo de qué clase lo apetece?

-¡Pos, un cuento!

-Los hay de diversas tendencias: románticos, de costumbres, sociales... etc.!

-¡Barajeémela! ¡Barájemela!... ¡Yo no sé de eso!... Pero me cuadraría que no fuera revolucionario!... ¡Oiga asté, es hartamente cansado lo de “recuerdo que..” y lo “de arriba y lo de abajo”!... ¡A mí me sentaría al revés volteado, artista, algo contrarrevolucionario! ¡Pa que vea asté!...

-¡Hombre, eso es extemporáneo y puede ser hasta peligroso!... ¡Ahora que todos se sienten de hueso colorado se pone usted tibio!...

-¡No, señor!... ¡Ningún tibio!... ¡Su mercé no me ha entendido o yo no me he explicado!...

-¡Pues, le ruego que lo haga, porque a veces soy un poco tardo, mi coronel!

-¡Ser torero, artista, no es lo mismo que se toro! ¡ni andar entre los animales es igual a ser animal!...

-¡Ya se ve!

-¡Bueno!... Pos por allí voy!... ¿Usted es revolucionario?... ¿Sí o no?

-¡Ya lo demostré a su tiempo!... ¡Tengo entendido!

-¡Eso es, a su tiempo!... ¡como yo!... ¡como todos los que nos merecemos el apelativo!... ¡Contestes!... Y así como así... ¿no siente usted feo al toparse un compañero que peleó como los meramente hombres, quizá mejor que usted, miserablemente olvidado por los unos y malvadamente despreciado por los otros?...

-¡Seguro!

-¡Y no lo agarrota a usted el deseo de arrepentirse de lo sufrido y la ansia de jalar por la vereda lo más juera del camino rial que lo sostengan las pezuñas?

-¡Hombre! ¡Claro! ¡como que yo, mayormente, lo hice hace tiempo!... ¡un tanto decepcionado y otro poco envejecido!...

-¡Pos, por eso vengo pa Acatlán a que me dé el remedio de su propia luz!... A que me enseñe el desprecio de los que quise redimir y la cura de esa decepción y de esa viejez!... ¡Tengo derecho, artista!... ¡Mire!...

Y el anciano guerrillero encanecido se abre la camisa de indiana roja con círculos azules y muestra el pecho velludo, enhebrado de plata, donde se marca un pozo ennegrecido de ausente temeridad y dolor muerto, que se antoja perforando hasta lo más profundo del pulmón derecho... Lo propio hace en el vientre e idéntico camino muestra la recia cadera de centauro; por eso, cojea al caminar...

-¡Pero vaya usted a que lo reciban los que las pueden y le sale musgo en la cicatriz!...

-¡Será posible!... ¡Ya se ve nunca los he necesitado!... ¡Nunca!

-¡Cómo que si será posible!... ¡Y tan posible! ¡No más arriéguele!...

-¡Los redentores, coronel, siempre fueron las víctimas de los redimidos!...

-¡Pos, yo soy un redientor que hora trata de redimirse a él mismo!... ¡Un redientor que come cuando puede y duerme donde encuentra! ¡pide trabajo y no se lo dan! ¡Va por allí y va por allá como los limosneros en los atrios, mesmamente que un méndigo!... ¡Por eso busco a ver si escribiendo cuentos salgo mejor que matando realidades!...

-¡Es mal oficio el de literato, coronel!

-¡Pior es el de revolucionario destripado!... Figúrese que el otro día me recomendaron una señora, de esas de ellos, y quería, de a tiro, la mitá del sueldo por precurar una “valoncita” con su... poderdante, como creo que dicen los diputados y los licenciados!...

-¡No me diga!...

-¡...Y eso de trabajar pa dividir con la mujer de otro, ¡no es negocio! ¡Prefiero escribir cuentos!... ¡más que sean malos!... ¡y por eso he venido con la persona de usted! ¡a que me enseñe!... ¡No ha de ser imposible que yo aprenda!

Y el coronel se atusaba los luengos mostachos campiranos, olvidando sobre mis libros y mis cuartillas una larga mirada enternecida.

Fuera silbaba el viento caliente y terco y una máquina dinámo hacía jadear el pequeño motor de la casa vecina con fatigas torturadas de asmático en violencia... El antiguo rebelde se detuvo a escuchar un tanto el áspero resuello intermitente y comentó:

-¡Lo mesmito resuello en cuanto me fatigo!
¡Artista, -se interrumpió lánguido y luego continuó-
mañana se muere uno sin dejar nada! ¡ni siquiera el
recuerdo de haber pasado por aquí, con una bola de
figuraciones en la chiluca, que nunca se lograron
realizar sino en el dolor que nos dejaron al
perderlas!...

-¡¡Hombre, qué bien, mi coronel Godínez!!...
¡Qué requetebién, mi señor coronel!...

-¡Ya usted ve, artista, hasta en eso soy un
desgraciado!...

-¡Por qué, mi coronel?

-¡Por lo de llamarme Godínez!... ¡¡Godínez!!...
¡¡¡Godínez!!!... ¡¡¡Godínez se llama cualquiera!!!...
“¡No es verdá, Godínez?”... “¿Qué lo diga Godí-
nez?”... ¡Siempre Godínez!... ¡El insignificante Godí-
nez!... Pues, bien, artista, este Godínez, con todo y
todo, quiere hacer un cuento y viene a que le ayude
su mercé... ¡Hace o no hace?...

-¡Seguramente que hace...¿ pero...

-Ya sé lo que me va a pedir: ¡el personaje!...
¡el protagonista!...

-Sí, señor, el protagonista y la trama...

-¡La trabazón es lo que yo incuento más
difícil!... Eso de hacer alentar gente y luego meniar-
la, se me hace cuesta arriba!...

-¡Todo lo arreglaremos! ¡Pierda cuidado, mi
coronel!... ¡Venga el protagonista que ya debe estar
en su cabeza, y en seguida concluimos!...

-¡...¡Ah!... si yo pudiera haber sido aquel
dotor, más que sea, que apareció en mi terruño al
prencipio de la refulufia!...

-¿Cuál?

-Uno muy labioso y muy removido que se
aparejó con una rica, de esas millonarias, que son
todo lo feas que uste quiera, pero que documentan

cada pata con un cuarto o un medio de los seis ceros...!

-¡¡De los seis ceros?...

-¡Sí, artista!... ¡A poco no se marca así el millón!

-¡¡Efectivamente!... ¡No caía!...

-¡Si yo también juí a la escuela, artista, aunque me está mal el decirlo!... Soy... ¡pasante de derecho!... y... ¡coronel!... pero, se me olvidó lo de pasante y me quedé en puro coronel... ¡sin comisión!... ¡ni mando de juerza!!!... ¡que es como no ser nada de al tiro!

-¡Tal vez hubiera sido mejor conservar lo de pasante!

-¡Tal vez!... ¡Bueno!, pues, a lo dicho: aquel médico se casó; pero, se le hacía tarde lo del medio o cuarto de cada pata y pretendió agorzomar a su suegro... ¡poquito a poco!... como en la canción esa del “Ya va cayendo...”

-¡Poquito a poco?

-Sí, con un menjurje en las botellas de aguardiente que el viejo calaba todos los días!...

-¡Qué barbaridad!...

-¡Pero, aguántese, si eso no es nada!... Lo peor jué que se equivocaron y en una fiestecita familiar, por poco y acaban con la concurrencia! ¡Todos se envenenaron y fallecieron, de un jalón, ocho! ¡menos el viejo que no prebó aquel día por estar en canícula!...

-¡Y el yerno sólo hizo todo? ¡Qué bueno, verdad?

-¡Allá voy!... Un indio, muchachón y juerte llamado Chón, por unos centavos, ayudó al pariente, huyendo con él cuando se hicieron las averiguaciones!... A los muchos años...

-¡Pero, oiga usted, mi coronel, es verdad todo eso o... ya empezó el cuento?

-¡Ah, que usted!... ¡tan verdá, como que yo no me desayuno, ni ceno algunas veces, ni escribo cuentos... porque no puedo!

-Sea lo que sea, quedamos en que el cómplice nombrábase Chón y en que ambos perdieron camino y vereda yéndose a otras tierras!...

-¡El yerno! porque el mozo nomás se remontó sierra arriba con una gavilla, a robar ganado!

-¡Abigeato legítimo, cual el de mi general Francisco...

-¡Ai nomás! ¡sin meterse con el Jefe! ¡ni levantarle falsos!... ¡Mi general es mi general! ¡como la Revolución es la Revolución! que dijo el señor don Luis!... El guerreador más grandes del mundo y como cuentan que dicen que aseguran del señor Napoleón Buenaparte, se adjudica el derecho de usar y de abusar sin que el uso o el abuso de los otros sirva de pesa y medida para él!... ¡Cuidado con la lengua, artista!...

Rugió el veterano en una incontenible explosión de fanático rendimiento. Los ojos glaucos y deslavados concitaron sus potencias, fulminando una aguda mirada felina sobre mis labios irreverentes de aprendiz de psicólogo. La figura atezada y erguida palpité, toda entera, en un rictus agresivo, que pausadamente fue serenándose hasta las dulcedumbres del arrepentimiento.

-¡Perdóneme, artista, mi desatención; pero así me pongo en cuanto me lo mientan con desaire! Y es que yo creo que a los hombres como él no les viene el cinto que nos cierra a los demás, ni la romana que a los demás nos pesa!... ¡Hay que echarle juera de comer! ¡lo mesmo que al ganado de estima!...

-¡Cálmese, mi coronel, y continúe!

-...Muchos años después y cuando vino la bola grande y todos o casi todos anduvimos en la peleada, yo me había levantado en la sierra y eran mis muchachos de los que asediaban mi pueblo, donde pasaron las cosas que le he referido...

-¡Mandados por el señor General don Francisco...

-Precisamente, era el jefe mero!... ¡Ay, amigo, qué atorones!... Una noche me tumbaron al apresar un cañón del enemigo... ¡Tres plomazos nomás para empezar!... ¡Pero, esa noche, nos metemos hasta el mero corazón del pueblo y evacuaron los pelones...!

-¡Se rindió la plaza!

-¡Exacto!... Como yo estaba herido juí a dar al hospital con un puño de ellos y de nosotros! ¡Qué desgracia!... ¡Cuánta sangre pa redimir pancistas y hijos de la ...! ...Bueno, pues, a los muchos días pude despejarme de la cabeza y lo primero que me echo al pico es al meramente de los menjurjes y las botellas envenenadas... Allí andaba de segundón y a las órdenes de... ¿quién cree usted?

-¡No lo malicio!

-¡Pos, del propio Chón! ¡que era general también!

-¡Caray!

-Yo mi hice guaje, cual si nada supiera... Sané y salí del hospital... Me llevaron con el Jefe y allí mismo, frente a toda la gente, me ascendió a coronel y me dio un batallón pa la toma de Zacatecas!... Yo tantí hacerme amigo de Chón que anda en revalidades con otro general de los muchos que eran, por envidias junto al jefe y me le empalmé a sus confianzas, pues disfrutaba harta influencia en el Cuartel General de la División... Una madrugada me dijo, medio gis: ¿Cuánto quieres porque te tumbes a

fulano?... ¡No soy de esos, mi general! le contesté, y, quedamos enfriados dende entonces... ¡No faltará quen lo haga! mormoró al despedirse enjoscado...

-¿Y perdieron la amistad?

-¡No tanto!... Unas cuantas semanas pasaron y llevamos a enterrar al enemigo de Chón, eso sí, con los honores y todo!... Se había muerto de quen sabe qué!

-¡Claro, que después se averiguó?

-¡Ni tanto asina!... ¡Pa qué!... ¡Un cadáver frente al enemigo no tiene importancia y menos, cuando no se le quiere dar ninguna!... A pocos días y en un tren que salía pal Norte el dotor de los menjurjes se embarcaba, comisionado a comprar aparatos pa los hospitales... ¡Todavía los han de estar aguardando!...

-¿No volvió nunca?

-¡En su jamás!... ¡Y a qué?... ¡Si ya todo estaba saldado!...

* * *

-¡Pues, para qué quiere mejor cuento, mi coronel Godinez?

-¡Pero, usted cree que esto sea cuento?... ¡No, señor, es la verdá pelada!

-¡Tanto mejor! ¡por eso hay que contarla como cuento!...

-¡Palabra, artista, que supuse que era más difícil!

REBELDÍA

La indolencia señorial de la minúscula ciudad provinciana hállase perturbada por gregarias inquietudes juveniles. Un grupo de estudiantes la recorre en alzado tumulto de protesta. Va por las calles, de continuo plácidas y solitarias, despertando curiosidades y azuzando en puertas, zaguanes y ventanas, prietos de testas interrogativas, en la pereza clásica de la clásica costa adormilada.

Parece que exigen y al exigir se oponen a graves e inapelables designios políticos de la autoridad, en trance electoral de imposiciones y de legendarias servidumbres habituales. Quieren manumitirse de una esclavitud perenne. Desean desobligar constancias a prolongaciones dictatoriales, en respeto al pueblo soberano y legítimo. Por ello, escandalizan en las rúas caliginosas y soleadas de la lánguida sultana de dos ríos...

Vibran anatemas en los asombrados oídos de los habitantes, que se ocultan al paso de la oleada, por temor a complicidades virtuales de caras consecuencias burocráticas.

Capitanea en jefe la turba embravecida un joven colegial de blonda delincuencia pueblerina, con apenas tres sexenios, al rayo tostador de un sol de julio. Es Rafael Buelna, el Grano de Oro de las lides por venir, con su ademán flexible de junco, de espiga o de palmera impúber que la ráfaga dobla y endereza. Rubio, al destello cegador de la mañana, marcha, en avanzada ante el peligro, que vencerá la rebelde jornada estudiantil, en el instante en que se turben los sentidos y se deshagan los diques de la inevitable catástrofe social.

-¡¡Viva Ferrell!! ¡¡Viva el sufragio libre!! ¡¡Viva el apóstol de la democracia!!...

Por una de las callejas desviadas aparece la fuerza municipal en actitud resuelta y desafiante. El dorado cabecilla de escolapios ordena a sus huestes, un tanto remisas, acción de resistencia y de lucha, pluralizándose las contusiones y los golpes, los garrotazos concluyentes y los guijos triviales y rotundos....La fuerza sorprendida por lo inesperado y exótico del brío colectivo, aguanta la respuesta de piedras y bastones y se decide al uso de sus armas, que dispersan, en un tris las apuradas violencias del conflicto, disolviéndolo en dicterios impotentes de maledicencia e injuria, embozados en libertarias sanciones desbocadas;

-¡¡ Bandidos!!...¡¡ Hijos de laDictadura!!....

Que detonan en el refulgente cristal, como bengalas de sonoridades luminosas en la gran paz de la tormenta que se preña!

Néstor, el portero legendario del establecimiento educativo, que recoge la gama polifónica y fértil de toda la existencia de aquellos muros docentes, ha empuñado el cordón religioso de la campana de órdenes. La dulce y ágil, cantarina y sugerente campana del colegio, que encerró tantos hondos recuerdos sumergidos y tantos juegos y tantas alegrías y disciplinas y pesares y dolores y jocundas realizaciones beneméritas, con su lengua bronceada de confidente alerta de tantas juventudes, llamó a formación!... En el imperio azul del orto burilado, su agudo reclamo imperativo de las sorpresas inauditas forzó la concurrencia de todos los pupilos frente a la Dirección...

Una línea de púberes, con rostros a medio concordar y testas desatinadas y revueltas, extendióse a lo largo del corredor espacioso y solemne. En ella, contábanse los inocentes y los tibios, con los traidores y los líderes. Buelna sereno y aniñado, cual en preparativos de holganzas saturnales, aguardaba rumiando pensamientos a través de las ferradas celosías, displicente en el plateado balanceo de los álamos del parque fronterero y el coloquio de los pájaros en los naranjos rendidos de azahar!...

Por el pasillo medianero del edificio surgió la arrogancia prendida y respetable del Señor Director. Límpido forjador de cerebros y corazones, en herrumbres estratificadas y gloriosas. ¡Alma y nervio, talento y emoción de aquellas sabias paredes incansables!...Su palabra lírica y violenta o filosófica y razonadora, de juez, de padre o paladín, doblábase en flagelaciones indelebles, hundíase en terebrancias despiadadas o alizábase, mano blanda y engreída, sobre melenas sin sapiencia o contra frentes sin meditación!...Hubo una pausa congojosa y austera...La dramática asistencia conmovida habíase tetanizado ante la magia polarizada del Maestro. Apenas si se avisaban unos a otros con los codos y apenas si se escuchaban, detenidos, los detenidos ritmos de las respiraciones recortadas...Luego, renació la sentencia justiciera:

-¡Quién de todos ha sido el iniciador del escándalo?

Avanzó dos pasos la pálida audacia quebradiza de Rafael Buelna:

-¡Yo, señor, soy el único culpable!!!

-¡Y por qué lo hizo usted y los arrastró a ellos?

-¡Porque creo que es tiempo que, de entre nosotros, los que sabemos algo más que los otros, se levante la voz de protesta y de reconstrucción! ¡El pueblo nos necesita y debemos acudir a su llamado!

-¡Rafael Buelna, tengo órdenes de expulsar del Colegio a los promotores del tumulto! ¿quiere usted decirme quién más, con usted, lo promovió? ¡Apelo a su honor y a su virilidad!

-¡He dicho, señor, que fui yo únicamente!

-¡Desde este momento está usted expulsado!

-¡Muy bien, señor!...Y desde mi nueva situación le ruego que a nadie más se perjudique, porque soy, repito, el único culpable!

-¡Joven Buelna, yo se lo que hago! No vine aquí a que me diera consejos!

-¡No es consejo, señor! ¡Es súplica!

-¡Como tal la recojo!...¡Rompan filas!

Y los alumnos apesadumbrados siguieron a sus dormitorios, a continuar el aseo matutino, que interrumpió la campana madrugadora y cantarina de las sorpresas escondidas!

-¡Néstor, me voy! ¡No se si nos volveremos a ver!

Y le abrió los brazos en amplia salutación conmovida!

-¡Adiós, Rafael, que te vaya bien, y que seas, lo que quieres ser!

Masculló el mítico cancerbero del ilustre retiro y de sus glorias, agregando en sospecha:

-¡Mira! Vete por detrás, que allí fuera, parece que te buscan...!

-Gracias, Néstor, pero aquel, no es "cuico"...!

-¡Luego?

-¡Un amigo, loco, como yo, que quiere acompañarme....!

-¡Ah, vaya! ¡Parece que lo conozco, ahora que me hijo!

-¡Sí, es hijo de Marcelino, el zapatero de los viejos de aquí!

-¡Pero, ese es un vago que no te va a servir para nada!

-¡Ya ves, pues, ya tiene las bestias para la...!

-¡Y adónde vas?

-¡Donde pueda ser útil!

-¡A quién?

-¡A todos!...¡Y a mí....!

-¡Qué diablos de Buelnita! ¡Quién me lo iba a decir, con lo serio que eras!

-..¡No te has cansado, Néstor, de ver siempre lo mismo y lo mismo?

-¡Hombre, pues, como por ellos como!

-¡Mejor comerás por los otros! ¡Te lo aseguro!...¡y si no al tiempo...! ¡Adiós, Néstor!..

-¡Adiós, Rafaelito! ¡Si ganas, te acuerdas de mi!

-¡Cómo no, hermano!

-¡Qué va!...¡Yo te pondré en otro puesto mejor!

-¡No, no, no!...¡Que no me saquen del Colegio!...¡Lo quiero tanto!.

Por el desencantado camino real, que aguantó siglos valetudinarios de acordadas, atajos y diligencias, caballeros en rocín escuálido y mulo tesonero, recórtanse, bajo el palio crepuscular, dos formas olvidadas sobre el inmenso plano

trasparente...Fingen, a los buriles del ocaso llameante, la masa y el sentido de aquellos singulares viajeros antañones que vieran en la Mancha molinos y gigantes, sin que ni la razón ni la locura dejasen de plantarse como tales, hasta que se alumbró de realidades el amargo escepticismo de las horas. Es don Alonso de Quijano, el Bueno, saliendo, armado caballero y urgido de ensueño y de ventura, en pos de los entuertos por desfacer y en ansia de las justicias por cumplir! Es don Alonso y su escudero que oyó decir de la Cueva de Montesinos, fabulosa de encantamientos y riquezas y de la Insula Barataria, perfecta de vanidades, lujos y encomiendas, y busca, con la gloria de su amo, alimentar y pulir las opulencias y holguras de su plebeyez! ¡Los dos derrotan hacia el Ideal, sólo que al uno no le cabe en el pecho y al otro, en regüeldos, le alivia el corazón!

UN PRESENTE DE AÑO NUEVO

Corrían los últimos días de diciembre. De un diciembre lluvioso y aterido, en la límpida capital que adornece sus fragancias rituales y legendarias sobre las faldas de la Sierra de Alica. Por las callejas empedradas y desiertas apenas si deambulaba un transeúnte de esos que la necesidad arrastra y la urgencia conmina y precipita. Rondaban en sentidos encontrados graves rumores en desasosiego y se congregaban pareceres y díceres alrededor de las tropas irregulares que guarnecían la villa pintoresca y alegre. En boticas y sacristías, paseos públicos y estrados familiares, dábanse por presente futuros choques sangrientos entre Quintero y Espinosa, jefes en pugna y en discordia ascendente. Aquel, joven desatentado y vandálico, mandaba las legiones maderistas, y en el otro concurrían las jerarquías armonizadas del poder civil y militar del territorio. Quintero engallábase en el tríptico asteroide de Coronel, y Espinosa, ufanamente apacentaba en el fieltro de su exótico “texano” la repujada silueta de un águila de oro. Los dos habían preñado dificultades mutuas en el choque del mando y los dos adolecían de apasionamiento, tozudez y arbitrariedad...

Una madrugada neblinosa y parda estalló la tormenta. Pocalucha, el asistente lenguaraz y dinámico de Espinosa, acudió al domicilio de su superior, sobreexcitado y tartajeante:

-Mi general, ese bandido de Quintero se acaba de pronunciar con su juerza!

-¿Cómo?

-¡Sí, señor! ¿Y está rodeado el Palacio de Gobierno!...¡Si no se apura usted se lo echan!

-Anda, ve a avisar a Buelna que venga inmediatamente!

-Como usted mande; ¡pero sería mejor irme al Gobierno luego!...¡No vaya a ser el diablo!...

Y el ordenanza acude sin demora al refugio del imberbe y futuro Grano de Oro, que, en pos de su Escuela de Leyes, de donde habíalo arrancado la revuelta, iba peregrino pleno de reivindicaciones y de ensueños para el desheredado y el paria, y sólo hallábase a la sazón en la plaza por ciertos chicoleos de juventud, amor y de fortuna.

-¡Mi Coronel Buelna!

-¿Quién me llama?

-Soy yo, ¡Pocalucha! De parte de mi general Espinosa, que se venga usted conmigo al Palacio!

-¡Voy al momento! ¡Aguárdate!

La voz atiplada del sirviente comedido y nervioso del Jefe Político y Comandante Militar de la región se diluyó en la recalma mañanera con raros dejos de titiritero pueblerino...En la puerta de la estancia mostrenca y destartalada del hotel empobrecido de provincia se enmarcó la figura aliñada y lampiña de Rafael Buelna, que interroga sonriente:

-¿Qué ocurre?

-Mi coronel, el coronel Quintero se sublevó esta mañana con su gente y está rodeando el Palacio!...

-¿Y Espinosa? ¿Qué hace Espinosa?

-Ya lo desperté y lo está esperando!...

-¡Bueno!, ¡Vamos allá!...Mira, tráete esa carabina y esos cartuchos....Puede que se necesiten!....

-Y tanto, mi coronel, que se van a necesitar!....

Los dos hombres andan escaleras abajo, rápidos y como preocupados. Una camarera tópales en el soportal inferior del edificio y muy diligente inicia:

¿No se desayuna, coronel Buelna?

-Gracias, María! En este momento creo que nos lo van a servir por allá fuera.

En la lejanía adivínanse disparos aislados. Por las bocacalles se advierte un lento bostezo de desolación. Puertas y ventanas, aquí y acullá, azotan con violencia sus chasquidos enérgicos. Unos gendarmes magros y en vigilia acuden y se pierden tras el ferrado zaguán colonial del Poder Público...Allá lejos, la figura grotesca del lechero sorprendido, excita descompasado, la calma filosófica de su cabalgadura rutinaria y paciente.

Sería bueno comunicarnos con el Centro para que nos mandara refuerzos; se nos agotan los recursos y...¿qué hacemos?.

Fluye el hablar tremante, de un tremar casi imperceptible, de Espinosa.

Yo creo que hay que romper el sitio en un asalto!...¡Si no son tantos!..., y además, están borrachos en su mayoría y distraídos y saqueando el comercio! ¡Vamos a darles!...¡En qué puede topar! No tarda en oscurecer...-afirma Buelna.

-¡No creas! Apenas son las cinco en el reloj de catedral y se han batido todo el día como los buenos!...¡Si estuvieran borrachos no pelearían así!

Óyense las voces exaltadas de los asediados, entre las que se destaca la femenina y atiplada de

Pocalucha: -¡Ora, hijos de ...tengan su Palacio! –
trueno sobre los camellones de la plaza pública,
entre andanadas de fusilería...

-Yo insisto en que alguien baje a hablar con el
telegrafista, para que nos auxilie!...

Y el vocablo es pegajoso y reseco en la
garganta de Espinosa!

-¡Seguro que habrán cortado las
comunicaciones! ¡Ni que fueran tan brutos para no
hacerlo! ¡Esperemos un rato y al oscurecer
rompamos el sitio! ¡Mientras, acaban de
embriagarse!, –arguye Buelna.

Espinosa sale del recinto al corredor con as-
pecto cabizbajo de hondos temores subterráneos...

-¡Mi coronel Buelna?

-¿Qué ocurre?

-¿Me dispensa una palabra?

-Sí, dime.

-Se me hace que mi general Espinosa quiere
algo; me mandó aquí atrás, a casa del cura, por este
vestido de mujer!...

Penetra el aludido con su porte cansino, de
preocupación. Buelna se vuelve a él con los
menesteres indumentarios de la doméstica del
sacerdote, en plan de interrogación:

-¿Y ésto?....

-Para el que se atreva a salir a hablar al
telegrafista!...

-¡Ah, sí!, ¡Yo salgo; pero sin eso!, afirma
resuelto el escolapio irreflexivo. Y se tira vertiginoso
hacia la puerta del salón que ampara una luz
amarillenta de atardecer en brumas.

-¡Espérate! Espérate! Deja que se haga más noche!...aconseja el miliciano desmadejado y prudente de las faldas femeninas de ama de cura.

-Si no vuelvo avisas a Luisa y a mis padres!
¡Adiós!

Recala el jovenzuelo de la cara pueril mientras ahueca las pisadas en la caja sonora de la bóveda virreinal, donde las baldosas duermen una augusta liturgia centenaria.

-¡Alto! Párese! ¿Dónde va?

-¿Quién es el jefe de ustedes?

-Yo!...¿y usted quién es?

Antes de conseguir la réplica, de entre la turba de híbridos sitiadores, rumia una voz afirmativa:

-¡Si es Buelna!

-¡Sí, soy Buelna!...¿y qué?

-¡Aparcero de Espinosa! ¡De ese jijo de la!...
¡Suénenle!... ¡Suénenle!...

-¡Sí, suénenme! ¡Suénenme!...¡pero suénenme como se les suena a los hombres no a los perros!...

Entre aquellas furias intoxicadas y enardecidas campea el decir persuasivo y sereno de un anciano campesino de rostro retostado y fiero mostacho encanecido.

-Tiene razón Buelna y de más a más tiene derecho, porque ese chamaco ha sido muy hombre!...¡A mi me consta!...

-¡Ya lo sé! ¡Y por eso lo llevamos con mi coronel Quintero!

-¡Pero, antes, que nos diga dónde iba!...
porque salió del Gobierno!....

-¡Sí, salí del Gobierno!....donde ustedes me encerraron desde esta mañana, e iba a ver a mi novia!...¡porque ya es la hora, amigo, mire el reloj!

-Usted va a ver a su novia más que esté peleando?....

-Para pelear siempre hay tiempo, amigo!...Y la novia no puede salir siempre!...

-Andele, pues, jállese!

-Con cuidado y con respeto!...

Y en el rostro atrevido suela una bofetada que se amortigua en el estrépito del tiroteo cercano....

-Coronel Quintero, todo hombre que va a morir tiene derecho a una última satisfacción! Quiero que me conduzca a despedirme de mi novia y después me matan!

-Sí, hombre, sí, concedido!...

Y la caravana siniestra y dolorida se aleja rumorosa camino de la muerte....

-Doña Elvira, me van a fusilar, ¿me permite despedirme de Luisa?

La noble dama angustiada y conmovida se oculta en el interior de sus habitaciones mientras aguardan, ante los hierros pulidos del ventanal, víctima y verdugos. Un instante y aparece, llorosa, pálida y desmelenada, la suave prometida del soldado mártir. Tras ella y en el fondo penumbroso y sobrecogido, los padres de la virgen, que gimen y enmudecen.

Una mano, una nívea mano sedeña pasa tras la testa despeinada del sentenciado, cual ala embelesada de dolor y de ternura y, a través de la

reja, en deliciosa propincuidad arrulladora, se unen los amantes, al idilio del letal apartamiento de las vidas florecidas, en un retablo de misericordiosas pesadumbres...

-¡Ya basta, amigo Buelna! ¡Véngase!

-¡Cuando gusten!...¿A dónde va a ser?

-En la esquina aquella, volteando para que no vean desde aquí...

-Bueno, lo que se ha de lavar...

Y siguen en el hosco mutismo despiadado. Mas, al tornar la rúa fatal del sacrificio último, los ojos aguilinos del estudiante advierten una puerta entreabierta, que descubre el interior abarrotado del más famoso montepío de la ciudad. Cúmulo de pesares y de lágrimas, que la soldadesca ha respetado por ignorancia y por injusticia del destino.

-Aquí no llegó el “avance” muchachos.

Arguye el reo, picaresco y sutil, en tanto empuja al desgaire las maderas, que ceden sin estrépito. Los hombres se paran, se deciden y penetran voraces. El, también ayuda la labor de exterminio y de robo. Y amontonan aquí trajes que enredan con las armas, entre las manos ágiles y expertas; y ahora, son estuches de alhajas fascinantes y zapatos lucidos y...un reloj despertador, hábil y enérgicamente lanzado sobre el foquillo exiguo que pende desde el techo, deja en las tinieblas el bodegón y ampara milagrosamente la fuga, ante el asombro incierto de la desesperación....

Y el sentenciado huye, entre la oscuridad de las calles solitarias. De pronto, tropieza con el cuerpo exánime de un combatiente. Lo desarma y, parapetándose tras las esquinas, se repliega, en

retirada, hacia el Palacio de Gobierno, donde apenas si se escuchan rumores agonizantes de algo indefinible que ha dejado de ser.

De las torres de la iglesia, al vislumbrar el bulto, que se unta temerario a las paredes, grita Pocalucha, con su voz atiplada de eunuco en satrapía:

-¡Ai te va!

-No tires, Pocalucha....¡Soy Buelna!

-¡Acérquese, mi coronel!...¡Y apriétese a la pader! ¡que todavía tiran de la esquina!....

Y los mojosos cierres del zaguán se apartan reverentes en hieráticas ,majestades empolvadas, para dar entrada al héroe que tornaba de recorrer, antre tinieblas, los abismados y ausentes senderos de la muerte.

-¿Por supuesto que el jefe se fue, verdad?

-¡Sí, mi coronel, salió vestido de mujer, por la casa del cura!

-¡Y a mi me mandó a que me mataran, porque le estorbaba en la huída!

-¡Sí, mi coronel, así fue!.....

-Bueno, Pocalucha, es necesario organizarnos cuanto antes. ¿Cuántos somos?

-Unos cincuenta por todos.

-Esta madrugada hacemos una salida y, cuando menos piensen, les caemos en la Alameda.

-Sí, allí están todavía muchos emborrachándose!....

-Voy a salir con diez de los mejores a hacer un reconocimiento. Mientras, tú sosténme desde arriba con los demás. No me tardo.

Y el escolapio infatigable fuese internando, con cautela, más y más hacia el suburbio de la saqueada población. Todos habíanla abandonado. Sólo cajas destrozadas de mercancías y cascotes de botellas rotas y telas y baratijas regadas por los suelos maculados de estiércol y basura, iban marcando la marcha desatentada y bárbara de los alzados en tragedia. ¡Nada más!...Y, silencio, letargo, pesadumbre ¡de herida, de atropello, de fatalidad!...

Y...¡nada más!....De pronto un estorbo entre los pies del coronel:

-¿Qué es esto?....A ver, Fermín, un cerillo.

-Sí, mi coronel, cómo no.

-¡Ah! ¡Sí, es un traje de bailarina!....

-Levántalo. Y vámonos a recoger...¡Aquí no ha pasado nada!

De nuevo el chirrido de los goznes dolientes y lastimeros ensanchando la lenta respiración del Palacio remiso y como avergonzado, y una sonrisa vidente e irónica del futuro Grano de Oro, al desflorar en orden:

-¡Fermín!

-Mándeme, mi coronel.

-Dónde está el traje de bailarina que nos encontramos?.

-Aquí lo tiene, mi coronel.

-Oye, Pocalucha.

-Ordene usted.

-Cuando tengas tiempo se lo llevas a Martín ¡como regalo de año nuevo!...Díle que yo se lo mando.

EL DOLOR DE MANDAR

Cae lenta la sombra sobre la montaña. El llano se recuesta en grave pasividad y hay un mutismo caliente y amplio, extendido hacia el beso de amaranto que prende el cielo sobre el mar. Una gran quietud bordoneada por el ritmo de un potro que avanza en la lejanía y una diafanidad incandescente maculada tan sólo por la silueta del hombre encima de la bestia. Camino amplio, removido, polvoso y seco. Camino como olvidado por las ansias de la tierra hacia el mar....

El jinete enfrena un punto y se define en el parco celaje del crepúsculo. Vuelve a uno y otro sentidos la testa inquisitiva y desconfiada...Después, enfila la vereda que, a su derecha, serpentea entre los matorrales patinados de arcilla...

-¡Alto! ¡Párese!, -claman al tiempo dos hombres sustraídos de la maleza.

-¿Qué sucede?

-¿Adónde van?

-¿Son ustedes gente de Vidal Soto?

-¡Sí! ¿Qué armas llevan?

-Condúzcanme con su jefe y lo sabrán.

-Échese, pues, por delante. Si voltea la cara lo tumbamos.

Y se escucha seco y crujiente el crac-crac del resorte de los fusiles. Selva adentro se va adensando la tarde.

-Vigílo aquí mientras voy a avisar al jefe-, argumenta uno de ellos y se adelanta cañada abajo con agilidad de ciervo en acoso.

Corre un instante mudo, apagado, sin rumores. La chicharra arguye su chirrido grotesco y

terebrante. La hojarasca inquiétase indefinible y el potro negro del recién llegado, rectas las orejas, resopla y se estremece. El crótalo extiende su áspero murmurio entre las ramas y el centinela afirma sentencioso:

-¡Pasó la víbora!

El caballero se desatiende del cuidado receloso y perfora con la vista el laberinto n que se esfumara ha poco el vigilante en rápido desboque... Frente a frente, el confín empieza a saturarse de noche. Arden los "copeches", convulsas refulgencias instantáneas que pluralizan intermitencias luminosas en la gran sábana tendida sobre el yerto bosque sin pudores. De pronto, una cabeza enmarañada entre el vainoral inescrutable y enseguida otra y otra...Hasta diez...Todas se avecinan al montado y le van tendiendo la mano en rendimiento de salud y adhesión. Suena una voz rugosa y cálida:

-¡Apéese, mi coronel Buelna!

-¿Vidal Soto?...

-El mismo, sí señor... Y Rafael Garay, su tocayo y mi segundo, y...

-¡Cuánto placer! ¡Cuánto gusto!

Va repitiendo el bien llegado al par que abraza efusivo a cada circunstante. Uno tras otro, por la senda, que, mejor que tal, antójase desfiladero, continúan barranca abajo, los hombres y la bestia.

Por vericuetos y peñascos descúbrese el arroyo cantarino y plateado, de tramo en tramo, hasta hundirse definitivo en las suntuosidades de la sombra...Allá, en la falda de la montaña quema su mortecina epifanía de héticas lucecillas sin decoro, el alumbrado público de un mineral.

-Mire, mi coronel, -inicia Soto con regustos sonámbulos de encantador de serpientes orientales-, aquel es el pueblo que no hemos podido tomar!

Buelna contempla y fuma. Fuma y contempla, como ensimismado. Luego inquiere:

-¿Cuántos hombres lo defienden?

-Sesenta a la mina y cuarenta el casco.

-Es decir, cien.

-Exactamente.

-¿Y las bajas?...porque, indudable-mente que las ha habido.

-Desde luego, ¡aunque la leva las repone!

-La gente de leva no sirve para nada.

-Pero hace bola...

Termina Rafael Garay y bulle en su cadencia un dejo de zonga sobrecogida para el flamante jefe de veinte años.

-¿Y nosotros cuántos tenemos?, -discurre la voz metálica del advenedizo....

Párase un reposo expresivo, embargado de meditación y de recuento. Rómpelo el tono hipnotizado y religioso del domador de oficios:

Serán cuatrocientos con armas, ¿Verdá Garay?..

-¡Sí, porque, sin armas, tenemos la gente que quiéramos!

Recalca terminante aquel joven blanco y membrudo, que siente la nostalgia del jaique en su aspecto de moro receloso y las del felino en las piernas largas y aceradas.

-Bien, suban aquí, -invita el visitante-. Aquello, es el pueblo; la mina, aquella...-reflexiona con una iluminada perspicacia de iniciado-. Cien hombres entre uno y otra, al mando de usted, Vidal, y, los restantes, todos, para atacar la mina a las inmediatas de este muchacho y más...

-Pero, luego acuden los del pueblo y...

-¡Para eso dispone usted de cien hombres en el camino de ellos!

Interrumpe calenturiento el verbo pubescente del afilado estratega, continuando casi en inconciencia:

-El asalto de noche, al amanecer, sobre la mina y al rendirla, volamos con dinamita aquel peñasco que se distingue apenas, como suspendido sobre las vidas y la fortaleza y todo....

En efecto, enorme mole de granito susténtase milagrosa en la planicie gris, cual si apenas se sostuviese por estupor del tiempo y hábito geológico del cavador de minas. Es una mole que dejaran allí los cataclismos milenarios para hablar a los hombres de la mecánica ausente de los hombres, en una demencia de inquietudes cosmológicas.

-¡Esta piedra la volamos sobre el pueblo, en caso necesario, Vidal Soto, aunque después tengamos que volarnos nosotros la tapa de los sesos!....

Y la verba diáfana y sincera simulaba una hoja de puñal rebrillando en la penumbra, por trágicos reflejos estelares, que cortara la carne de la Noche!... Soto tendió su mano encallecida de fosco barretero emocionado y, a tientas, estrechó la satinada y frágil del colegial absorto. Garay martirizó la pausa con una mirada de tigre que husmea en las tinieblas la lumbre de las nebulosas insondables, para acoger el eco de sus fosforescencias....

-¡Hay que rendir las posiciones altas!
¡Primero arriba! ¡La huída natural es hacia abajo! ¡Y
allá abajo está Vidal Soto!....¡Hay que hacer fuego

asegurando el blanco!....¡El parque se aprovecha!...¡Sólo los cobardes tiran sin razón!...¡Y ustedes no son cobardes!....

Eran las postreras instrucciones dadas a las pequeñas columnas entre las foscas estribaciones del terreno. Sigilosamente se cubrían las posiciones de combate.

Sonó un tiro. Seco. Terminante. Imperativo en la recalma bochornosa de una madrugada de latón despulido, sin brisa y sin reflejos. Casi simultáneos, lucieron fogonazos por todos los resquicios urbanizados o rústicos que a la mina conducen. Los defensores, alertas a la intención y al ímpetu, replicaron con las bocas enrojecidas de sus armas. Una ametralladora tableteaba su monótona cantinela despiadada y las dispersas volutas del humo flotante y pausado, sobre cada grupo, aborregaban las semiclaridades del albor con un vaho azulenco y monótono de olor a pólvora y a sacrificio y a deses-peración...Va limitándose el cerco. Los asediados defienden sus terrenos palmo a palmo, con fierezas insólitas y hacen señales luminosas a sus compañeros, para que vengan en su auxilio, del poblado...Pero Soto apoya el movimiento con su ofensa oportuna y Buelna y Garay desafían, por segundos, el honor de morir en la contienda. Los dos se superan, los dos se estimulan, se sobrepujan; pero el ardor del escolapio parece más repulido, más aristocrático; como de ala, como de pluma, como de águila. Y al confirmarlo, el bravo jabalí de los breñales inviolados se va repitiendo entre dientes el efecto de la consagración involuntaria: ¡Caray, de veras que este catrín si es coronel!.....

Por fin, los defensores de la mina, en la desesperanza de los irremediable, violentaron un

arco del círculo tremendo y, diezmados y maltrechos, rodando cadáveres y heridos por la explanada, se retiran en desorden entre los arbustos angustiados de violencia... Amanece... Sobre el filo rectilíneo de la cordillera azul tiembla el ámbar policromado de la aurora, tiembla y se despeña en aquellas amazones martirizadas y aquellos cuerpos destrozados y lastimeros y aquellos odios encendidos en broncos precipicios de amargura... Frente al socavón siniestro, empuñando su humeante carabina, írguese la perfilada silueta romántica del triunfador. Muy cerca, y como amparándolo, en una pueril salutación de catecúmeno, el segundo de Vidal Soto reza hierático esta jaculatoria arrepentida:

-¡Mi coronel, perdóneme; pero cuando lo vi y lo oí pensé que sería uno de tantos! Hora, le confieso que nunca vide nada como usted. Permítame que lo abrace y les grite a mis muchachos que este si es coronel, no "hijeces de la!.....

Y zigzagueó rotunda la blasfemia rebotando sobre las asperezas de la cuesta, hasta hundirse en las linfas indiferentes del regato lejano....

-¡Al pueblo! ¡Al pueblo!, -resbaló la orden flagelante y urgente-.

Rehicieronse las escuadras de asalto y se precipitaron a las goteras de la villa minera, que tiembla de pavora en el largo bochorno del amanecer.... Nadie la defiende... Está igual que abandonada.... Calles desiertas con gallinas picoteando atareadas y cerdos hozando las impudicias en el cieno... Un foquillo que otro, suspenso por alambres magros y solitarios, remeda el halo luminoso, entre las trasparencias de la

madrugada, en los tramos de las rúas sin aliento y sin vida.

Soldados, veteranos luchadores de un ejército desbandado y agonizante, afortínanse embravecidos en la cárcel de la localidad. Contra ellos se precipita la rebelde invasión y no tardan en chocar, en un choque de heroísmos y epopeyas sanguinarias, que se prolonga horas sin cansancio, encima de la angustia y el temor de los rendidos. Hay una tregua para parlamentar. Larga, acongojada y anhelante. El caudillo, jovial, va y viene sin fatigas. Una sutil sonrisa de pueriles memorias recorta el labio delgado y levantado. En la diestra mano claudica la culata de un rifle y en la siniestra despide el cigarrillo un hilo que se ensancha en espirales cerúleas... Los "juanes" de la azotea bajan silenciosos convictos de esterilidad... Los recibe con un gesto amable, de príncipe, en los granes rituales de una corte. Todo es tropa. Únicamente tropa. Ni clase. Ni oficiales.

-¿Dónde están los jefes?

-¡No sabemos!

-¿Cómo se llama el capitán que los mandaba?

-Vargas.

-¿Dónde se metió?

-¡El lo sabrá! ¡En estos casos la vergüenza de cada cual hace su deber!...

Corre un estremecimiento en le decir del afortunado al escuchar el nombre del vencido. El hubo de ser compañero de infancia y camarada de juventud, en las mismas aulas, de un chaval Vargas, que derivó sus inclinaciones impetuosas hacia escuelas militares, antes de la Revolución y aquel muchacho, jocundo y decidido, plasmábase en su cerebro y en su corazón, con dulcedumbre embalsamadas de piedad y de recuerdo; de dulce

piEDAD y de sacro recuerdo florecido en la hora
secarla de esta guerra maldita!.

-¿Cómo dices que se llama el capitán?, -
recargó imperativo.

¡Vargas!

-¡Ricardo Vargas?

-¡Precisamente!

-¿Del viejo Colegio Militar de Chapultepec?

-¡Sí!

-¡Tu jefe es un malvado!, -terció súbita la
salmodia de Vidal Soto-, reclutaba de leva y
golpeaba con crueldad a sus hombres. A mi
hermana la pateó porque no quiso entregarle a su
marido....

El rústico peleador de reivindicaciones fraguó
en el espacio un ademán solemne de sacerdote
egipcio. ¿Blasfemia?...¿Maldición?...Un ademán
sagrado de primitiva y rígida ritualidad antigua y
añadió:

-¡En este pueblo de mis padres y de mis hijos,
a mi, no se me escapa aunque se purifique con la
Sábana Santa!. Es un malvado sin corazón y sin
conciencia!...

Rafael Buelna se calosfrió al conjuro
apologético de aquella garganta ruda y aquellos
ademanes litúrgicos y austeros, que, con vislumbres
de taimada justicia, se enarbolaban en serenidades
de profeta ofendido:

-¡Los hombres como ese hombre deben
morir! ¡Es malo que vivan para hacer el mal!....

...Y los puercos seguían hociqueando los
desperdicios en el cieno y las gallinas, tercas,
picoteando las minúsculas conchas de la tierra
caliza y floja, en tanto, los foquillos desvaídos
salpicaban de manchas la clorótica mañana
envejecida.....

-Pero, hombre, ¿No te mandé hasta un vestido de mujer para que te fugaras?

-Sí, pero en el río me conocieron las viejas que lavaban y me atarantaron a pedradas.

-No te quieren, ¿verdad?

-No, porque las fastidié...Me llevaba de leva a sus hermanos, a sus maridos y a sus hijos. ¡Cómo me van a querer!...Y si disimulaba las órdenes recibidas de la superioridad, tú sabes la que me esperaba ¡como soldado que soy!.

-A la mejor, estos hombres, que apenas ayer conocí, me van a impedir que te proteja, a pesar de todo lo que se ha realizado!.....

-¡No te pido nada, hermano! ¡Yo sé que no tengo remedio y tú no cargas con la culpa! ¡Es mi destino!...

La frente del prisionero se arrugó en un rictus de resignada indiferencia....Penetraron a la estancia, en tumultuario torrente, las once cabecillas encargadas de juzgar al detenido, por expreso mandato del superior. Vidal Soto, en plenitud de su intención primera, inquirió:

-¿Y quién lo va a defender?

-¡Yo!, -fulminó un monosílabo sin apelaciones de Rafael Buelna.

Todos se sacudieron al unísono. Bajo la exigua claridad de la lámpara eléctrica palpó el pecho desabotonado de la camisa la mano sedaña y delicada que otrora estrechaba las virilidades de acero en la garra impasible del Profeta.

-¡Yo!, -confirmó firmemente con evangélica reciedumbre de rabino.

....Y la defensa se alargó por aquellos entendimientos de vengadores, con meliflua dulzura

atormentada, o con rútila fragancia deslumbrante, o con lírica flagelación de mandamiento, o dispersa ensoñación de remembranza y de melancolía, de goce y de pesar extintos. ¡La niñez! ¡La juventud! ¡La escuela y el colegio! ¡La comunión de almas en la impoluta de la vida primera!, llamaron cual campanas de cristales ignorados a los oídos paráliticos, que sólo hubiesen aprendido las cadencias del tigre, en la sonora selva, o las munificencias sin pecado de las olas del mar!....¡Nada!....¡Allí estaba el maldito, el réprobo, el enviado de una infamia hecha traición, desolación y muerte!....¡No!....¡No podía haber perdón! Y....¡No hubo perdón!....

En el desesperar de la alborada próxima, cuando todo elevara su oblación de misterio, para darla al Misterio, rodaría, destrozada, aquella testa imperiosa y valiente, por los mismos, que, un hermano perdido en las neblinas de lo azaroso, condujera, para atar la desgracia al viento tormentoso de su infortunio sin remedio:

-¡No ha podido ser, Ricardo!

-¡Gracias, Rafael!....¿Qué hora es?....

-¡Ya es hora!....Óigame, Soto, mande despertar al médico de la Compañía para que esté presente...¡También él fue nuestro compañero de colegio!

Cae un vasto silencio entumecido. De fatiga. De desvelo. De cavilación. Luego, la voz entera y rencorosa:

-¡Soto, cinco de los mejores tiradores búsqume entre todos!

-¡Ya están allí, mi coronel!

-¡Bien! ¡Entonces...andando!...¿En qué piensas, hermano?.

-¡En todo y....en nada! ¡nada! ¡Ten!

Y le alarga, besándolo, un medallón que reluce en el alba como cirio en el altar. Dentro de la gema sonrío la faz de una mujer hermosa.

-¡Es mi madre! –agrega-.

...Llegar. El panteón. Una tapia ocre de adobes encimados, cual una limitación al límite mínimo de pensamientos y de existencias mínimas!...

-¡Alinearse por la derecha!

Apenas si comprenden los ejecutores. El vencedor de la faz infantil los coloca prudente. El galeno se conserva a la distancia. Tal vez llora....

-¡Listos!, -silva la orden-.

¡Listos!, -replica serenamente, vigorosamente, la garganta del suplicado. Y luego como en una instancia de señoriles presunciones:

-¡Rafael, hermano, manda el cuadro, te lo ruego!...

El rubio guerrillero de ademán de marqués se acerca y recoge en los brazos el saludo final del viajero infinito. Suena una descarga al bajar la mano lenta, pausada, junto al pelotón. Se inclina y cierra apacible los párpados entreabiertos del triste discípulo, que espira sonriendo. Después, un tanto convulsionada la laringe, se vuelve al médico y rumia la intensidad de su congoja:

-¡Médico, yo nunca había sufrido el dolor de mandar!.

DON GERIFALTE

Flota siniestro el huracán. Sobre la esmeralda acongojada del bosque despule sus zatas el aguacero sonoro y terco. De vez en vez zigzaguea el relámpago, con intermitencias cegadoras, hasta los resquicios acurrucados del bohío. Ruedan en la lontananza los carros monstruosos del trueno, cual en una vertiente de mundos desquiciados y se quejan quejidos invisibles en la azorada intimidad de lo desconocido. Son los nervios tiranizados de las rocas y las ramas, de los troncos y las hojas, en la pasmada caricia bárbara de la tormenta....

Perdida entre el bosque írguese una cabaña enjabegada de hollín. Es una añosa choza de huídos carboneros que yace desbandada en el fondo más bronco de la selva. Dentro de ella dos hombres dialogan, calurosos, en tanto que otro, casi anciano, contempla y calla, en servidumbre. Sobre un remanso del vendaval, se escucha claramente:

-¡Sí, Rafael, fue preciso que fuera!;Figúrate si al morir no me halla a su lado, qué triste pensamiento !..

¡Realmente!...

Eran el Mayor Armando Julio, estudiante alzado en guerra. Alto. Hercúleo. Basáltico. Y el Jefe Supremo de aquellos grupos rebeldes, apodado por las hembras Grano de Oro, en ritmo a su valor y a su apariencia aniñada y perfilada de cuadro de Van Dick.

También escolar, cual el primero. El último, como ayudante, arrancóse quizás de algún óleo miliciano de luchas encanecidas y empolvadas por la Historia, por el Tiempo y por la Vida. Fungía de asistente del Mayor y porta el remoquete de Don

Gerifalte, airoso y provenzal. Nadie supo nunca su nombre verdadero. Ni él. Y todos ignoran de dónde vino y dónde recogió el prístino rayo de la luz primera de su vida. Siente por el superior ternuras interiores de una recia geología primitiva y va tras él como el cuerpo y la sombra, el sinsonte y el canto, el destello y la luz y el ronco retemblar de la cañada estremecida...

Don Gerifalte, échese un trago, -chorrea la voz de Armando!-, refunfuña el eco baritonal del viejo ignoto y lapidario, en tanto tiemblan los mostachos caprinos al glogloteo de la botella sobre la vasija de barro barnizado.

-Gustas, Rafael-, dice el hércules moreno con acento plácido de cordial insinuación.

-¡No debía tomar tanto, don Armando!, -retoña la salmodia baritonal y antigua del áspero miliciano misterioso-

Grano de Oro va lento con sus ojos de leopardo entre los dos personajes. Y se clava de nuevo sobre le rústico tablón donde extiende sus paciencias un papel garabateado de estrategias...Luego, añora:

-¡Era muy bella, Marta, verdad?

-¡Sí, hermano, muy bella! ¡Tal vez más bella que todo este pesar que he sentido al perderla!

-¿Sí?...

-¡Sí!... Porque, si vieras, desde que se me fue, un goce extraño, de inefable sensación, me riega por dentro el alma y me hace paladear la esencia de mi sufrimiento, en una saciedad de llanto ¡que es como mi perfume interior!

Don Gerifalte contempla, desposeído, a su patrón. No entiende; pero se estremece por bajo la perilla retozona de macho cabrío, en una angustia corrosiva y profunda.

-¡Sin embargo, debías resignarte!... Anoche me dijeron que en la última escaramuza hiciste locuras, como para que te mataran y eso no está en un jefe como tú...

-¡Es verdad, es verdad! –reverdece la palabra salmodiosa y cansina del asistente-. ¡Es verdad!... ¡pero todo lo hace el vino!... ¡Nomás el vino, don Rafael!... ¡Que una mujer no debe poder tanto!... ¡ni que fuera l'única!...

-¡Cállese, Don Gerifalte, no blasfeme!... Y échese otro trago!...

-¡Otra vez?

-¡No blasfeme, le digo y haga lo que le mando!... ¡Ya no estamos en la escuela!...

-¡Es que así, vas a acabar contigo!.-tercia prudente y consejero el áureo cabecilla.

-¡Qué más da si ella se fue!-y en seguida- Don Gerifalte, ¡dese prisa!

-¡Voy, joven, voy! ¡Ya está uno viejo para tanto apuro!

Y chancletean los huaraches de tres puntadas en acordados compases imperiosos. Fuera va declinando el repiqueteo de las gotas en la fronda y el trueno se retira, pausado y ronco, tras de la montaña... Nadie habla... La campiña humedecida y tibia alienta un vaho de recogimiento, de renovación y de maternidad! Sobre él, cruza la voz ceremoniosa y afable de Grano de Oro:

-Tal vez mañana asaltemos Santiago, si nos llega el parque...

-Es difícil por el temporal...

-Sin embargo...

-¡Ojalá, para llevarle a Marta una de esas ramas que arrancó la centella, de aquella encina que arde llorando y plantarla en la tierra purificada y nueva de su tumba!...

-¡Como una ofrenda de la sierra?

-¡De la sierra y de este rebelde, que no posee más que ofrendarle: ¡el dolor de una rama desgajada!...

Un rayo del Sol recién lavado bruñe el jeril encendido del campo limpio, con el plumón de su diamante agosto. Tiembla y palpita la risa diáfana de las gotas que resbala a lo largo de las hojas tersas y va prendiéndose el crepúsculo en un polvo mirífico de incandescencias apoteósicas... ¡Otro día que cae en la opulencia policromada de nubes paráliticas de ensueño, de luz y de color!...

El Valle de Santiago... Próximos a la población y el río; el gran río pensativo y sereno. Un arcaico poblado virreinal que dormita caricias relamidas a la vera plateada de la corriente lenta. Banda arriba, el pueblecillo de pizcadores de tabaco, donde acampan las fuerzas de Grano de Oro. Al otro lado de la cinta rasa y solemne, la exúbera piedad de los retoños rectificando el surco; y más allá, el mínimo dispendio de la estepa, acongojada a trechos y a trechos suspensa de la esteva, que marca corduras en la arcilla cimarrona y remisa, mientras la reja rasga entrañas y fatigas! Dentro del casco bulle el moscardón de la maledicencia, frotando los reductos de los defensores. Rúa a lo alto, dinamismo urgentes de los asaltantes...

Bajo un techo desconchado y tupido de enredaderas lujuriantes definen las primicias del amanecer, el mayor y su asistente, en un gran sueño tropical. Sobre angosto y amenazante catre de campaña, el rito basáltico del hércules moreno; a sus pies, tiemblan el mostacho y la perilla vandálica del mítico sargento inseparable. Ambos aflojan sus carnes fatigadas en una relajación sin consecuentes. Cabe el filo de la lona tensa y abullonada por el peso

sufrido, muestran el desahucio de sus fondos vacíos hasta cuatro botellas, ahiladas en columna. Sobre el banquillo de tijera promiscúan destinos encontrados papeles, cinturones y revólveres...

Va subiendo la madrugada su rostro dorado de espiga madura. Pasan por el atajo campesinos arrebuados en embozos pintorescos. No van a la labor. Son pocos. Más bien patriarcas desaprensivos y curiosos, con una curiosidad reflexiva e hipócrita, que hurgan zahareños el huir de las horas!...

Al amparo de tierna sombra de enramada mañanera, Grano de Oro dialoga con un desconocido. Dialoga y señala la cabaña donde sueña el mayor y ronca Gerifalte la delicia reparadora de un cansancio vencido...

-¡Buenos días! –modula el sujeto que ha poco charlara con el Superior. Nadie responde. Oyense, tan sólo, acoplados e isócronos los alientos refocilados de los durmientes.

-¡Buenos días! –renace la salutación en medio al mismo desprecio.

El raro visitante, en traje de catrín, penetra cauteloso. Sss-Ssss-Ssss –se ayunta el resoplar al canto de los gallos y el ladrido tenaz de los canes dispersos en la aldea...

El curioso se acerca al lecho restirado y crujiente, bajo las reciedumbres del titán extendido:

-¡Mayor, por órdenes superiores y urgentes, quiero compulsar con la mía su lista de haberes!...

El aludido enfila con un ojo la desmañada catadura del intruso y la esfuma en las vaguedades de su pereza abotagada y displicente... Después, se ausculta el tartajeo de una adicción mal contenida e imperiosa:

-¡Qué quiere?

-La lista de haberes de su gente, mi mayor.

-¡Allí está en el banquillo! ¡Búsquela y no moleste!

-¡Es que es necesaria para mi documentación!

-¡Más necesario sería que agarra un rifle y se fuera con nosotros al salto, mañana!...

-¡Todo es útil, mi mayor!

-¡A su tiempo, no lo dudo! Pero, ahora, no es momento de contabilidades! ¡Los ideales, cuando son tales, no tienen Debe ni Haber, amigo!... ¡Para el honor y la vergüenza no hay Tenedurías que valgan!... ¡Con que acabe pronto y váyase!...

Un tic convulsivo e incontenible del reprimido hace gemir, por los suelos, el mutismo vertical de una botella que se agranda al rechocar contra las otras.

-¡Don Gerifalte!

-¡Mande usted, don Armando!

-¡Por allí sonó!

Lento. Pausado. Perro que se despereza en un arco triunfal, el dócil servidor acude ante el fracaso de cristales. Alza una botella. Mírala oblicuamente y en una mueca preconular y austera de desengaño, la arroja hacia los vientos, por sobre la cabeza fiscalizadora del huésped desconocido, checheando sibilino:

-¡¡¡Está vacía!!!

Rápido, sin dar ocasión a compostura ni a defensa integral, se incorpora el mayor y, empujando al golilla, que ha de interponerse, marca un puntapié en los glúteos escuálidos de Don Gerifalte, al tiempo que sentencia:

-¡¡¡¡Don Gerifalte, ya sabe que estas cosas se tratan con respeto!!!!

Y torna a dormir sobre la loneta estirada y mártir, mientras el ayudante frota cariñoso los

cascos baldíos de su sed infinita y el brote desgajado del querer de una encina, con que cubrirán la sepultura de la amada muerta, cuando el hanzo delirante de la victoria permite abrir la costra del cementerio que el sol distingue, refresca la llovizna y ampara con su paz la Eternidad!...

-¡Listo, Don Gerifalte?

-¡Como siempre, mi mayor! –sólo en combate acostumbraba dar a su jefe tratamiento militar.

-Como suponía me toca atacar por el lado del panteón... ¡No olvide el podo de la encina!...

-¡Pierda cuidado, mi mayor!

-¡Los hemos de desalojar a punta de bala! ¡Con las pistolas escarbaremos las trincheras y apenas saltemos las tapias del camposanto, con su marrazo, Don Gerifalte, plantamos esta encina, que el rayo desató, sobre su cuerpo blanco! ¡Es todo mi pesar hecho entereza y toda mi entereza hecha sombra para su descanso y mi recuerdo!...

-¡Así es, sí señor! ¡Y así tendrá que ser; más que no queran! –rugió Don Gerifalte conmovido. Y las mejillas secas y mustias de no haber llorado nunca se refrescaron con dos lágrimas que comulgó la aurora!

-¡Présteme la vara, Don Gerifalte! Yo la llevaré!... ¡Le estorbaría a usted con el fusil!...

-¡No crea, mi mayor!... ¡Pero si así lo quiere, téngala

-...¿Ya se iría Rafael?

-Hace rato lo vide pasar en su caballo negro... Parecía un cromo de esos de Napoleón que nos enseñaban en el cuartel...

-Entonces, en marcha. Abajo recibiremos las últimas órdenes.

Y siguieron sin mirarse. El ciclón ha encenegado las vías haciéndolas flojas, resbaladizas, encharcadas... Apenas si se distinguen en el albor... Los dos hombres, con las barbas sobre el pecho, deambulan y meditan. De vez en vez, la rama de la encina, ofrenda de la tragedia del campo y la tormenta, se dobla contra los arbustos que enmarcan la vereda y al libertarse, azota suavemente los ijares al potro del mayor... Allá lejos se afianza un tiroteo...

-¡Parece que empieza la función, Don Gerifalte!...

El rostro endurecido de chivato serrano husmea la jaculatoria tonante del amanecer, con rara euforia del iniciado y concluye:

-¡Son las avanzadas del Sur, que ya se trabaron!

-¡Entonces, píquele que no tarda en tocarnos a nosotros!

Vuelan hacia abajo, con un estruendo de cascos y de guijarros, de charcas y de yerbas tronchadas, que amortigua el boscaje colmado de presagios...

Un instante y todo arde en embestidas dispersas, intermitentes y angustiadas, de una trágica angustia indefinida. Van pasando, van pasando los hombres, bajo el silbo constante del acero que arranca las varas de la fronda, o salpica de lodo la maleza, o tiene agonizante los cuerpos que el destino olvidó.

En un descampado, sobre la planicie virgen de mañana y de feracidad, montado y perfilado, afirma Grano de Oro las peripecias de la acción. Lamiendo el paredón, fangoso y flexuoso corre el sendero que arrima a la ciudad en brega. A lo largo de él, un repiqueteo denso y constante de

fusilería...Allá, cerca del camposanto, rapsodian las ametralladoras sus pautas enronquecidas de rivalidad...Y donde fulge el sol, fulguran los disparos y los retumbos del cañón, mutilando el silencio en una cantinela fragorosa y rotunda...Sobre el minúsculo relieve sigue el cabecilla, a los rayos primeros, que plasman su cabello en un casco de oro!...

-¡Jefe; aquí abajo está mi Mayor Armando Julio! ¡Lo truje cargando desde el campo santo!-
Anuncia Don Gerifalte congojoso y supremo.

Y el ignoto soldado, hecho rebelde se abisma en las pupilas de Grano de Oro, que casi lo absorbe en intención.

¡Qué le pasó!....¿Está herido?....

-¡Venga, jefe, venga!...¡Lo merece el Mayor!

Y arrastrándolo baja con él al atajo donde yace tendido para siempre, oprimiendo en la mano garruda y morena el ramo de la encina, que la piedad del bosque iba a ofrendar a la paz y al recuerdo de la mujer que amó!....

-¡Jefe, allí lo tiene usted!...¡Era mi hijo!...

Y al extinguirse la palabra en la garganta seca, muerde el centauro el cañón de su rifle y rueda sobre el cuerpo del hércules de bronce, con el cráneo deshecho y el rostro maculado de sangre y de dolor!

Grano de Oro se destoca pulido y pálido, desmonta y besa reverente al tronco y a la rama, encina y brote, que no pudo apartar ni la fatalidad!

Cerca, cabe el extremo de la línea arrecian los disparos, peinando la mañana de desolación!.

EL CIEGO SEBASTIAN

En el amplio corredor de la casa solariega doña Elvira repasa la ropa de lino del arcón familiar. Chacha María, nana y modista de muy añoso corte virreinal, apremia la máquina de coser con pertinaz esfuerzo de sus piernas cansadas y entumidas y la niña Luisa pule sobre el bastidor sus sedas congeladas en no se sabe qué extraños dibujos de parca vistosidad indefinible. En la arquería, cobijada por cortinajes corredizos de rayada tela verde pálido, filtrase el sol, denso y trabajoso, en una agradable resolana uniforme que trueca más apacible la quietud aletargada de la siesta.

Una voz se derrama por sobre la pereza inalterable del estrado señorial, parsimoniosa y consejera, y hay en su grave resignación sepultado algo como un reproche desvaído de matrona prudente e intranquila.

-Es preciso, Luisita, que evites las murmuraciones cambiando de conducta!

-¿Cuáles murmuraciones, mamá?

-Las de todo el mundo, que se queja de no verte en ninguna parte, por causas que tú sabes, o por lo menos puedes suponer!...

El alabastro virginal del rostro núbil enciéndese en carmines desasosegados que diluyen atisbos de emoción.

-¡Qué tengo yo que ver con lo que piensa la gente!

-¡Mucho, hija mía, mucho!... ¡Y además tu padre va de por medio y... el negocio... y nuestra tranquilidad!... Los comentarios corren de boca en boca y pueden llegar a oídos de los militares que

defienden la plaza y ser nosotros víctimas de consecuencias que ni a pensar me atrevo!...

-¡No te entiendo, madre!

-¡Demasiado me entiendes, sólo que!...

-¡Te juro que no!

-¡No jures en vano, que es grave falta!... ¡Tú, Chacha María, como yo, como todos en la ciudad, han oído que ese mentado Grano de Oro, que Dios confunda!, en la “bola” pasada, se cansó de perseguirte y hasta creo que fue tu novio.

-¿Mi novio?

-¡Sí, tu novio!... Y ahora pretende entrar con sus fuerzas en el pueblo para llevarte con él, según murmuran las gentes maldicientes...

-¿Eso dicen las gentes?

-¡Sí, las gentes; pero el rumor sube como la espuma y puede saberlo ese generalote, tan cruel y despiadado que mandaron del centro, y, por lo menos, traer hondo perjuicio a las cosas de tu padre, que parece un bendito, pues de nada se entera!...

-¿Y qué tengo que hacer para evitarlo?

-¡Muy sencillo, mostrarte menos retraída! Ir a las fiestas del Casino. Alternar con todos... ¡hasta con los militares!

-¡Me chocan los militares!

-¡Aunque así sea; y te reboce la razón, debes esforzarte por nuestra conveniencia y por el amor de tu padre!

Las frases se entumescen de ternura recóndita, aniñándose, al deajo de la anciana, con flecos aromados de oraciones de cuna, mecidas y afanadas de indulgencias piadosas en la saudade arrebujaada del soportal dormido.

Fuera rumbo a la rúa solitaria de la triste capital pueblerina, sitiada y afligida, vibra un silbido

largo y penetrante de trémolos de pájaro salvaje. Niña Luisa, con el rostro vencido sobre el bastidor, fervoriza al instante, como en expectación de ínfimas solicitudes interiores. De nuevo, el canto bronco del ave imperativa urge penetraciones equívocas, por entre las paredes de la calleja desolada, Niña Luisa, con sonámbula actitud de disimulo, impele su bordado hacia delante y abre en cruz los brazos lácteos y redondos, bajo las holguras del peinador de ritos japoneses. Suspira e írguese, deambulando en terco taconeo, sobre los mármoles cuadriculados del corredor, para entrar en las recámaras con displicencia de enfado y pesadumbre. Ante la persiana de su balcón, un papel aguarda como abandonado. Niña Luisa lo coge y húndelo en el seno, tornando, sin demoras, al uncioso matizar de su bordado, en el discreto acogimiento del sillón...

Por allá, lejos, conmuévase una tos anquilosada de fumador impenitente. Al escucharla, doña Elvira desatiende la labor y acude a las piezas interiores, solícita y diligente en su caminar tartajeante de rechoncha y un tanto atormentada por el reuma.

Niña Luisa extiende el negro abismo de sus pupilas negras por los resquicios del soportal en calma y, en cuanto se embebe de soledad, bisbisea su secreto a Chacha María:

-¡Recibí un recado de él!...

-¿Qué dice?...

-¡No lo he leído por temor a mamá!

-¿Dónde lo tienes?

-¡Aquí, en el seno!

-¡A ver!... ¡Lee!... ¡Ahora estamos solas!...

Los dedos albos y pulidos de rosa y de rayo de luna, hurgan la mágica urdidumbre del corpiño,

extrayendo un retazo de papel doblado y pringoso de polvo y de sudor. Niña Luisa torna la cara inquisitiva y desconfiada y deletrea en zozobra deleitosa:

“¡Hoy te veré aunque me maten!”

-¡Qué barbaridad! –arguye Chacha María, desolada y pueril-. ¡Habías de romper eso!...

-¡No pases cuidado, todos sus papeles los guardo enterrados en un tubo de cristal, entre los prados del jardín!

-¡Figúrate si los encontraran sus enemigos! ¡Cómo nos iría!

-¡Descuida, nada más yo lo sé!

Y se tiende toda ella hacia el respaldo abullonado del sillón abacial, levantando en provocaciones estatuarias los pechos endurecidos de vestal impaciente y dolida por el dolor de anhelar con esperanza. En el florero gris de la mesa redonda, los pétalos agonizantes ruedan en quejumbres inauditas sobre el tapiz azul!...

Las fuerzas de Grano de Oro vivaquean en torno a la ciudad en asedio. En un grupo extraviado parlan hasta tres personajes efusivamente. Grano de Oro, el Ciego Sebastián y el curandero, que oficia a las vegas de cirujano mayor, como de albéitar. Dícese Uruchurto y cuádrale que le llamen doctor. Es un tipo resobado, dicharachero e hipócrita, con perfiles corrosivos de ave de rapiña, que, a veces, piruetea del buitre carnicero al milano voraz, por el acento circunflejo de la nariz en mango. El Ciego Sebastián, limpio y menudo, hácela de director de banda y de solista de organillo de boca, que rima con grande habilidad. Es cáustico hilvanador de ironías, a las veces sangrientas, que acompaña con raros movimientos de sus ojos blancos y cuajados

en vetas azulencas de molusco convulsionado entre su concha. Su palabra, certera y terminante, como el su amor a un hijo, por cuyo amparo y bienestar futuros lucha y expone tranquilidades y existencia...

Habla Uruchurto a la sazón:

-Fíjese, mi general, que yo le debo a Sebastián veinte pesos de un “gallo” que saqué y al pagárselos se niega a recibir el billete!

-¿Por qué, Sebastián? –acude Grano de Oro.

-¡Porque no son veinte, sino diez, los que me da!

-¿Y cómo lo sabes? ¿A poco los conoces por el tacto?

-¡A ellos no; pero a él sí, mi general!

Salta jocunda la carcajada del soldado al rostro del mariscal en trance de galeno, par esfumarse insensible en una recomendación de ordenanza afectuosa:

-¡Vea, Uruchurto, sus fierros y sus gasas, que hoy por la noche haré un reconocimiento de peligro!

-¡Sí, mi general! ¡Inmediatamente!

Y se ausenta... Luego, percíbese la confianza de Grano de Oro al oído de Sebastián:

-¡Hoy en la noche iremos a tocarle a su ventana, Sebastián!

-¡Siempre a sus órdenes, mi general!

-Cuando se meta la luna, bajamos hasta el solar de Nicolás. Allí estará el caballo con las patas envueltas en estopa, para que no haga ruido...

-¡Muy bien, mi general!

-¡Te advierto que hay peligro, mucho peligro; pero, como te llevo en ancas: “¡sólo que la mar se seque!”; y si se seca, pues ¡ya estaría de Dios!

-¡Seguro, mi general! ¡Ya estaría de Dios!...

-¡Vente; vente; por aquí! ¡Brinca esta zanja!... ¡Medio metro!... ¡Ahora!... -Un hombre bajo y sigiloso abre el portón y surgen en el arroyo de la ciudad cercada. Grano de Oro y el Ciego Sebastián, bajo el espeso nublado de la noche, van jinetes en la bestia, que apenas se escucha. Hay un gran mutismo lóbrego en la lejanía. Y un sueño de renunciación en los muros y en las cosas. Sólo de vez en vez el siniestro alerta escalonado y dramático que baja de las azoteas. El alerta y el brillar del relámpago en los vientres de nimbus preñados de tormenta. Arriban a la morada deseada.

-¡Ahora, bájate y espérame!... He de amarrar el caballo en este barrote... ¡Ya está!... ¡Toca, amigo Sebastián, a la sordina, pero con toda el alma, no quiero que despierten los viejos... Toca!

Y el ciego despeña en su organismo un registro de escalas acariciantes, sumisas, empapadas de una ternura sensual y alucinada, antes de su canción definitiva... Y continúa, plañendo, ora gemebundo, ora implorante, la gama entera de toda sus sensualidades hechas notas. Y plañe, mientras las dos cabezas se ayuntan ansiosas, por entre los hierros tibios de la ventana suspirada. Susurros y susurros de verbo entrecortado y de lentos contactos en arrobos, entre las cadencias engreídas del mutilado lírico, en el deliquio de su pleno placer. Y la áspera armonía callejera y trivial del instrumento rudo y primitivo se esparce en indolencias invioladas y abstractas, chocando con las sombras sutilezas redimidas de labios que se acercan y manos que recorren las concupiscencias del oráculo augusto de la noche sin luz. Y estremece y diafaniza la soledad con unciones impolutas ¡de muy hondas alburas intocadas!...

-¡Sigue, sigue, Sebastián! –hurga por entre lampos impenetrables la voz de Grano de Oro-. ¡Sigue! ¡Hoy tocas tu organillo como nunca! ¡Sigue! ¡Sigue, Sebastián!...

Y el brazo se unta al cuello de tiernas suavidades de corteza madura, estremecido de emoción y de pasión y de sonambulismos inefables.

-¡Sigue, sigue, Sebastián! ¿Cuándo tocaste como ahora?...

De pronto se adivinan, en las tortuosas interrogaciones del instinto, los pasos de herradura que chocan ausentes, en el empedrado. Parece que se acercan. Sí, vienen hacia acá. Al reclamo confuso del silbo engolosinado y temerario...

-¡Tú, Sebastián, ven! ¡Rápido!... ¡Espera aquí!... ¡No sueltes el caballo de tu mano!... ¡Es preciso matar, para salvarte, Sebastián! ¡De otro modo no te darían tiempo a subir conmigo!... ¡Ya trotan hacia acá!... ¡Espera, no te asustes!...

Los dragones se acercan casi a paso veloz. Requieren briosos y urgentes sus carabinas. Un instante, el lívido segundo del relámpago y el trueno que agiganta su retumbo por los cerros, y suenan tres detonaciones en el revolver igniscente de Grano de Oro. Alado, monta sobre el potro que tasca enardecido los minutos –y sube al ciego que se afianza con contracturas convulsionadas de naufrago irredento. Y, entre la torrentada en que las nubes revientan estruendosas, huyen hacia las veredas, inclinados sobre el cuello de la bestia desbocada. Los retenes tendidos aquí y acullá disparan al fantasma que cruza como en fiebre, zigzagueando el peligro, en direcciones contrarias, para evitar el blanco. Todos los cuarteles se alborozan en zafarrancho de combate. Los oficiales inquietan, interrogan y maltratan. Y Grano de Oro

salva las distancias, cual un dios en fuga hacia las preeminencias del Olimpo!...

El caballo jadea con la nariz abierta y los ijares tremantes de fatiga, al detenerse ante la arrogancia jactanciosa de la avanza de los sitiadores.

-Alto. ¿Quién vive?

-¡El general jefe de la columna!

El rebelde avanza con el rifle tendido hacia el grupo; reconoce a Grano de Oro, se cuadra y tercia el arma trabajosamente...

-¡Ve a avisar a las avanzadas que aquí vengo y que no alboroten!

-¡Está bien, mi general!

Y, paso a paso, tras el centinela, recorre la distancia al campamento. La cabeza del Ciego Sebastián sangra a la luz de la alborada.

-¡A ver, que curen a este hombre! ¡Está herido!

-¡No es nada, mi general, sólo un rozón!

-¡No importa, que lo curen!

Y se retira iluminado de una plácida lucidez indefinida. Lejos ya, el centinela reprocha al mago del organillo:

-¡Tú tienes la culpa, un día van a matar al jefe por andar en esas escapadas!

-¿Y a ti qué te importa?

-¿Cómo que no me importa? ¿Sin el jefe qué hacemos?

-¡Irnos a nuestras casas, donde a ti te esperan tus padres y a mi Manuelito, mi hijo!

-¡Tu hijo! ¡Tu hijo!... ¡A poco es tuyo! ¿Cómo lo vas a saber si no ves?

-¡Pero siento; más que tú y más que todos! ¡Y por eso ando peleando, porque quiero que sea médico!

-¿Cómo don Juan, el de Concordia?

-Si no como don Juan... siquiera como Uruchurto!

Y torna a recorrer el minúsculo encasillado de su organillo enfermo, cual el amo, de esa ternura irremediable de ser la invocación lastimera de los ojos cuajados en vetas de molusco, que se niegan al fulgor de la esperanza, de tanto ver el alma de los hombres tras el cristal opaco de su vida!

UN GENERAL DE OROPEL

Pasaban las fuerzas triunfadoras rumbo a la Capital, en poder todavía de las huestes del Usurpador. A su frente distinguíase la plástica bizarría del General en Jefe, con su brillante Estado Mayor, reclutado entre mozalbetes de arraigo provinciano.

En un alto, bajo la fronda hospitalaria de mezquite rumoroso y patriarcal, departían dos de los más destacados paladines en la lucha fraterna y despiadada: Juan Cabral y Rafael Buelna.

A su vera y en charla desatentada e indiscreta, cruzaron tres de los lustrosos mozuelos habilitados de oficiales en el Cuartel General. Uno de ellos, quizá el de menores prestancias bélicas, tornóse inquisitivo al árbol, exclamando, al humillar su grado mínimo de capitán segundo ante el águila generalicia de aquel su contemporáneo que con Cabral descabezaba ocios, recuerdos e intenciones:

-¡Es Buelna, tú!... ¡Un generalito de oropel!...

El aludido oyó sin pestañar la apreciación injuriosa y definitiva. Transcurrida una pausa preludiante y profunda, casi con solemnidad y en dejo reconcentrado y sereno, preguntó a su compañero, en tanto se alejaban los paseantes de ocasión:

-... Cabralito ¿quién es ese?...

-¡Antón Sanz!... Un soldadito de oficina... de esos que sirven para la correspondencia en el Cuartel General...

-¡¡Ah!!...

Y continuó su charla reposada, que matizaba comentarios de la campaña en ruta...

Por todos los rumbos iniciábase de nuevo el ajetreo, camino adelante, levantando polvaredas en el espacio entoldado por un gran sol canicular, que se pringaba aquí y allá de máculas leprosas de polvo ocre sobre las immaculadas diafanidades de la lejanía, en letargo de siesta junto al mar...

-Con que... ¿Cómo dices que se llama, Cabralito, el que me dijo general de oropel?... ¿Cómo?...

-Antón Sanz.

-Está bien, hermano... Gracias.

Y tendió su diestra fuerte y huesuda, garra de milano adolescente, a la camaradería risueña del colega, que se ausentaba para tomar su sitio en la columna en marcha...

-Mi general, ahora que están concluidos los preparativos para cortar la retirada al enemigo y que me hizo usted el honor de mandarme a la vanguardia, en el punto más peligroso, quiero pedirle una merced, mi general!...

-¡Usted dirá, general Buelna!

-Atrás dejé a uno de mis oficiales de confianza... Era necesario en la organización de nuestro gobierno allí; y no tengo un ayudante propio, para el combate que se avecina... ¿quisiera usted prestarme uno de los suyos, mi general?...

-¡Cómo no!... ¡Disponga del que guste!... ¡No faltaba más!

-Los conozco apenas, jefe, y deseo que nadie se sienta por injustificadas preferencias...

-¡No, no!... ¡Aquí están ellos!...

-Bueno, mi general, como usted no se ha de quedar solo, deme éste...

-Capitán Sanz, póngase a las órdenes del General Buelna...

-Está bien, mi general...

Y salieron hacia las posiciones de la gran batalla en perspectiva, el caudillo de los pueriles rasgos de oropel y su nuevo ayudante de campo, el de las ironías versallescas a la sombra de los mezquites nayaritas.

Todo se había dispuesto con acuciosidades de minucia. Punto a punto y palmo a palmo, cada sitio se cubría con elementos suficientes para evitar la huida de los asediados. Por caminos y veredas, desfiladeros y hondonadas, la inmensa falange se extendía amenazadora y reflexiva contra facilidades factibles de realización.

El enemigo había abandonado la ciudad durante la noche, embarcándose en los trenes, con rumbos diversos, para obligar al debilitamiento de los núcleos sitiadores, y, en ellos, con terminantes disposiciones de inútil reciedumbre defensiva, habían de mantenerse, hasta agotar el parque y la vida. ¡Cada oficial era una temeridad en estoicismo y cada soldado una inercia en ignición!...

Casi al empezar la lucha y en una morada campirana de cierta prosapia caciquil, rodeado y acosado, sucumbía al General en Jefe de los sitiados, repeliendo el empuje de los libertadores con ardor de indómita gallardía, indigno de la causa de las usurpaciones criminales....

-¡Al toque de clarín, saltan ustedes la cerca y a pecho descubierto, se echan sobre el tren de los "pelones"!....¡Caiga el que caiga y muera el que muera!....¡Yo seré el primero! y conmigo este joven dignísimo que me cedió el General en Jefe para que aprendamos a distinguir el oro del oropel!....¡Así que, todos sus puestos y alerta a la orden del clarín!....¡Al que dé media vuelta lo matará la escolta!....

De todas las ventanillas, de bajo las ruedas, de los flancos y tras el terraplén suenan los disparos continuados y confluentes de la fusilería y el tableteo monótona de las ametralladoras que sienten el acoso cada vez más exigente y dominador... Los rostros se contraen de uno y otro lado, en broncíneas aristas de desesperadas realizaciones sanguinarias. Hay gritos de fe en el triunfo y réplicas de desdén en la resistencia singular. Una bala de máuser rompe la mano de un ignoto soldado enfurecido por el dolor de la derrota inevitable. Compasivo el oficial, se acerca al verle en movimiento de angustia disparando con la mano sana....

-¿Qué haces, José María?....

-¡Viendo cómo me desquito de estos hijos de la...., mi teniente! ¡No ve que nomás me dejaron el tronquito!.....

Y por la otra parte se suceden taimen, cual en cinta de heroísmos encendidos, los esfuerzos de superación fratricida. Un niño de catorce años apodado “el yaqui” hace de soporte a cuerpo limpio, para una ametralladora que ha de flanquear la férrea cinta de rieles ahilados de “juanes” pecho a tierra. En tanto un Mayor de la guardia personal de Buelna va levantando a balazos, de entre los matorrales, los cuerpos emboscados para el daño y la desolación... De pronto, suena el clarín agudo y firme ordenando el asalto prevenido de antemano por las palabras del jefe enardecido, y, el primero en surgir sobre la línea agria y caliza de las peñas acopladas en interminable tapial, es él, empuñando su revólver y alentando a los suyos con frases cariñosas de trágico estímulo indomable:

-¡Adentro, hijos, adentro!....¡Ya llegamos, no se vuelvan!...A ver Sanz, ¿dónde está Sanz?....

-¡Arrancó a los primeros brincos, mi general!...¡Allá va!...¡Nomás mírelo, mi general!...¡Bufón, puro bufón!...

Buelna, en rápida ojeada, adivina la briosa carrera de un caballo blanco, que huye despavorido hacia la tienda de campaña del Cuartel General, en arrebatos de mítica vesania. Y, en tanto flota la bandera blanca de los carros rendidos, cae el Oficial de Ordenes cedido en galantía, bajo el abrigo de una lona lejana y solitaria, tratando de encontrar en la lontananza de su férvida pavora, el relumbrón del oropel, sobre la frente quemada del joven caudillo temerario.

La bella ciudad occidental se ha entregado, matrona fatigada y rencorosa, a la caricia brusca, arbitraria y plebeya de la gente en asueto. Por sus calles, un tanto avergonzadas, levíticas y solitarias, avanzan las caballerías de la Revolución, camino del descanso. Los hombres a los hombres se encuentran comentando:

-¡Murió el general!...

-¡Sí!...¡Pero como los caballeros sin miedo y sin tacha!...¡Se negó a rendirse!...¡Era de la antigua guardia!...

Van pasando las tropas triunfadoras. Comienzan a desperezarse los presagios y a tranquilizarse las inquietudes timoratas...

Dos hembras miran y dialogan:

-Ve a ese jovencito!...¡Si es un niño!...

Un rebelde escucha y tercia, replicando:

-¡Un niño!...¡Un niño!...¡Pero cómo le sobra lo que a otros les falta!...¡Es mi general Buelna!...

Y los ojos grandes límpidos y atónitos, de sacerdotisas o sultanas, se hincan en la silueta pubescente y un calosfrío recorre las entrañas de las

vestales callejeras, cual una salutación de madrugadas!...Y siguen los rebeldes abigarrados de indumentos y cetrinos de paz, en pos de sus refugios, por entre las callejas de la urbe, medio ateridas de incertidumbre, en la hostilidad a la penetración irreverente.

Poco a poco se disgrega la formación y poco a poco van consiguiendo la calma los ánimos, que deambulan en la rosa de los vientos al comentario o de la interjección en sacrilegio.

Allá, de vez en vez, aparece un auto preñado de testas morenas y rosadas que vuelven de presenciar el cuadro lastimoso y pensativo de la ciudad rendida.

En el más brillante y lujuriente hostel de la ilustre villa, donde la despechada aristocracia de labradores enriquecidos e industriales por enriquecerse fraguaba las aproximaciones de su vida social, cual un reproche femenino de prístinas crueldades imperiosas, campean las rudezas primitivas de los jefes triunfantes. Son hombres recios, tallados en añosas encinas por la mano infatigable de la tierra remisa. Hombres sin feminidades de estragos ciudadanos, que ignoran siquiera la agilidad de la espuma sobre el borde burbujeante del cristal. Hombres desatados del surco en la mañana de una liberación sin precedentes, que ahora quieren beber y gozar, cual bebieron y gozaron los que antes de ellos llegaron a ser amos, desde el terrón fecundo de sus imposiciones marchitadas. Hombres que buscan, como los otros, esa sensualidad fácil y agradable de lo espirituoso, tal vez para corromperse como los otros que se corrompieron!.

El abrigo de la marquesina de cristal que entolda el corredor aristocrático y en detonante círculo agresivo de rostros rudimentarios, departen con el General en jefe, en tanto se sirven un llantar de galas pulcritudes, a la lejana evocación del tiempo de los austrias.

Parlan y auscultan con férreas y desconfiadas actitudes labrantías, sobre las repulidas losetas mármol del corredor. Van y vienen sirvientes enjaezadas a la usanza directorio y el jugo rubio y tostado de las uvas de Francia Imperial tiene sobre las charolas su arrogante dejadez de tres centurias.

De súbito, por el antiguo zaguán de blasones presuntuosos y ambiguos, surge la delicada marchites insigne del Benjamín de la Revolución en la leyenda del instante impertérito. Rafael Buelna, el estudiante fugado de las aulas nativas a impulsos de una ansiedad de brega y de justicia. Todos se alzan y se vuelven a él en isócrono movimiento de simpática afección. Y el imberbe recorre mano a mano, la salutación efusiva del concurso...Todo en él resume y cuenta una gran condescendencia y quizá, quizá, una recóndita envidia subversiva y trotona, de pueblo, de ranchería, de juventud un tanto bronca, que no ha podido ser, siquiera, como su adolescencia.

-¿En dónde te peinaste?, -dice a un trabajador coronel oscuro, de indómita testa alborotada y eriza hacia la cristalería que amenaza y apunta.

-¡Caray!, ¡qué bien andas con botas, hermano!, -a otro que, tal vez, recorrió los plácidos treinta años de su vida sobre las plantas desnudas de sus enormes pies de paquidermo.....

Y así, hasta que topa el asiento muelle del General en Jefe, que apura dentro el corro su copa color de carne retostada por el sol.

-¡Mi general, tengo gusto de verlo!.....¿Cómo ha estado?

-Bien, ¡general Buelna! ¡Perfectamente! ¡Le felicito por su valiente asalto a los trenes ayer!...¡Es usted todo un hombre, general Buelna!

-¡Muy agradecido y satisfecho por merecer su distinción, mi general!

Y pasan las copas que se alisan al contacto de la atmósfera adensada del recinto. Todos hablan; Buelna tropieza la esquiva pupila avergonzada del Capitán 2º Aarón Sanz...el de la frase mordiente y lacerante bajo el mezquite nayarita:

-¡Ah!...¿Cómo está usted, capitán?...¡Qué buen caballo llevaba ayer!... Hombre y a propósito ¿ya aprendió a distinguir el brillo del oro del relumbrón del oropel?...

Y levantó las transparencias de su copa hasta vaciar en las fauces todo el jugo soleado de la sangre de Francia!.

UNA APREHENSION BAJO LA LLUVIA

Eran soldados del Ejército Revolucionario que acababan de ocupar la Capital. Viejos y atezados guerrilleros de las montañas de Occidente, que antaño perforaron las vetas mineras de la vertiente rocosa y misteriosa....Eran soldados de caballería en la columna comandada por el más joven de los generales de la Revolución, el estudiante de leyes Don Rafael Buelna, quienes trincaban fieramente un hombre vestido y tocado a la usanza militar de los tiempos tormentosos de Victoriano Huerta, conduciéndolo a lo largo de la rúa silente del pintoresco pueblecillo suburbano, atemorizado bajo la llovizna tenaz y susurrante de la mañana hostil.

-¡Andele, camine, “pelón, hijo de la.....”....

-¡No me maltraten, por caridad!....

Replicaba el cuitado bajo el cielo plomizo de aquella madrugada entumecida....

¡Alto!....¿Quién vive?...rugió una voz desapacible en el hueco acurrucado de antiguo soportal casi ruinoso.

-¡Un prisionero que “traimos”!

-....¡Avancen!....

Y el grupo arrimóse bullanguero y decidor hasta la cámara cuarteada que cerraba la oficina-dormitorio del jefe accidental de la plaza rendida. El acento bronco de un soldado se alargó en la quietud del recinto despabilado en el desorden del amanecer.....

¡Hemos apresado un pelón que “traiba” esto, mi Mayor!...

Y alargaba un sable medio envuelto en rotos periódicos deshojados, que rebrilló a la luz

acongojada de la niebla. Era un añoso sable a trechos despulido y mohoso...Los ojos vivaces del Mayor ahincáronse en el arma y, en seguida, en el presunto miliciano prisionero:

-¿No sabe usted que está prohibido portar armas?...¡No ha leído el bando?....

-¡Sí, señor!

-Y entonces, ¿porqué “traiba” esta?, -y sin dar tiempo a la réplica del azorado, ordenó tremebundo:

-¡Sargento Ramírez, aquí cinco hombres armados para fusilar a éste!...

Y marcaron por los pasillos, espuelas y botas, murmurios pavoneados que se afianzan en la sombra....

Hay una pausa. Un chorro de agua gloglotea entre la llovizna tenaz. Propincuo al sentenciado y distrayendo su inquietud en una mueca inexpresiva y terca, disipa la amargura del instante un hombre rubio y joven, silbando una tonadilla impertinente. Luce tres estrellas en el amplio tocado de caudalosas alas y se cubre con recia gabardina de corte militar. Es el Médico en jefe de la columna a quien el general ha ordenado asesore, regule e inhiba, si es preciso, los ímpetus, un tanto sanguinarios, del Mayor. Su dejo lento y persuasivo rastrea:

-Me parece, mi Mayor, que no existe motivo suficiente para tan radical determinación....

¡Ya está el médico con sus lástimas!....¡A poco se le hace chico ir armado por las calles y vestido de “pelón”...¡con lo que nos acaba de pasar con los gendarmes!....

-¡Tal vez sí, mi Mayor!....

Otra pausa. Otra pausa árida, acentuada de pena y de llovizna...Luego:

-¿No cree, Mayor Medina, que debiéramos aguardar al general?, -sugiere mientras contempla el horizonte entoldado a través del balcón abierto a la inclemencia-. Al fin, no ha de tardar, concluye-.

Arde en el soportal la nota clamorosa del clarín. Los dragones acuden a formar en valla, terciando las armas y aparece bajo el dintel la ágil y esbelta y juvenil y apuesta silueta del caudillo, en tanto se arrastran uniformes los pasos acompasados de la guardia que se recoge.

¿Qué pasa aquí?, -relampaguea la palabra del bravo general adolescente.

-Este "pelón" agarrado con las armas en la mano, -atiende el Mayor.

-¡Estas son las armas!, -recalca con malicia el médico de las estrellas en el amplio chambergo cadencioso.

-¡Mira, "doctor", arregla tú eso con tu justicia y, usted, Mayor, véngase conmigo que tengo algo que decirle!.

El preso espera de pie, lívido, sudoroso y anhelante. En lo hondo del edificio colonial extínguese poco a poco los ritmos fanfarriosos del general y del mayor...

-Mire, amigo, -inicia el galeno dirigiéndose al cuitado-, usted no ignora la pena tan grande que corresponde a quien viola un bando de guerra y al usar esta arma en la calle, usted se ha expuesto a un correctivo quizás implacable por drástico y severo!...¿Por qué la traía?...¿Dónde la llevaba?

-A empeñarla, señor coronel!.

-¡Dígame usted doctor, se lo agradeceré!

-¡Pues, bien, señor doctor, hace días, desde que ustedes entraron a la población, no cae alimento en mi casa!...¡Tengo ocho hijos, mi mujer y su

madre, que no han probado bocado desde entonces!....

El médico-soldado sonrío con amargura recóndita y esbozada. Su alma visionaria y límpida se arrebuja en la infinitud de un estremecimiento subterráneo...¡Tal vez un recuerdo!...¡Quizás una saudade!....

¡Bueno, -salmodia como ausente- ¿usted puede probarme lo que acaba de afirmar?

-¡Sí, mi..., señor doctor, que me acompañen a mi casa!...¡Aquí por las calles de Abasolo...

-¡Conejo!, -retiembla imperativa la voz engolada del facultativo hacia los interiores en penumbra....

-¡A la orden de usted, mi coronel!, -responde saltarán un mozalbeta que se cuadra militarmente con jocosa arrogancia.

-Lleva a este señor donde te indique y lo traes a informarme cuanto veas.

Y salieron bajo la lluvia adormilada y pesarosa, en tanto se pierde tras ellos la fina pupila azul del cirujano compasivo y risueño encuadrado en el marco carcomido del vetusto balcón destartalado.

Mediaba la mañana. Un transeúnte que otro atreviase a desafiar el vendaval y la invasión. De vez en vez el disparo de un fusil atormentaba el aire aletargado y fosco, y una que otra patrulla hendía el silencio con su monótona caminata somnolienta.

El profesionista silbaba envuelto en una nube de humo y de recuerdo...Alguien cantaba, a media tesitura, el dolor de un amor desesperado....

-¡A la orden de usted, mi coronel!

-¿Qué paso Conejo?

-¡Aquí estamos ya!...¡Qué barbaridad!...¡Ocho chamacos de tiro salieron a toparnos en la calle: ¡flacos, descoloridos, trasijados!...¡Se me colgaban por las piernas pidiéndome por su padre! ¡junto con las mujeres!...¡Mire, mi coronel, otra vez mándeme mejor fusilar que a sentir esas cosas!...

-¿Qué?, -terció el general entrando en el instante

-¡Los niños del señor, mi general!, -y el asistente apuntaba con su mano morena y temblorosa al prisionero en la pieza contigua.

-¡Ah!...

-¡Se me colgaban y me pedían que no le hiciera nada a su papacito y que les diera pan!...Y tuve lástima y, pa' que más que la verdad, mi general, por poco lloro!....

-¡Y es cierto que no se habían alimentado en diez días?, -interrogó el médico.

-¡Lo menos, mi coronel!...figúrese que metí mi mano en el bracero y por poco se me "duerme" de fría que estaba la ceniza....Pobrecitos!...

-¡Bueno! ¡bueno!, pásame al "pelón" ese y...

-¡Si no es ni "pelón", jefe! ¡Apenas empleado del Correo!....En el camino me contó que Victoriano Huerta les había vestido de "pelones" y que a él le cuadraba presumir, con las muchachas, de categoría, en las serenatas del jardín y por eso se había mercado el sable, pero...¡que ni sables usaban!...¡Eran puras payasadas!....¡Como que de chicos son payasos y de grandes maromeros, jefe!....

-¿Es verdad eso amigo?

-Sí, mi coronel, digo, mi doctor!, -se apresuró al entrar-. ¡Yo soy civil!....¡Nunca fui militar!....¡Empleado de Correos, señor, empleado de Correos!...¡Me gustaba que me vieran con

espada...yeso es todo, señor....absolutamente todo!....¿verdá usted?

-¡A su edad no cuadran esas ridiculeces!

-¡Tiene usted razón, pero,...pues,...así sucedía!

-Ya ves, mi general, en lugar de un “pelón” es un lurio que hoy sacrifica su vanidad para comer!

¡Realmente!....¡Cuántos habrá así?....¡Yaqui!

-¡Mándeme, mi general!

-¡A ver la bolsa!

-¿La del dinero, mi general?

-¡Sí!...¿tenga...y... quítese ese disfraz y rompa esa porquería, que por poco le cuesta la vida!...

En las manos del dolido temblaron los billetes revolucionarios de una anunciación deslumbradora. ¡Eran mil, dos mil, cuatro mil esperanzas realizadas!...

-¡Gracias, señor!, -dijo inclinándose en busca de las manos del caudillo-. Acépteme el sable como la ofrenda de mi gratitud y....

-Métaselo donde!.... Yaqui, llévate a este lurio a su casa y protégelo de todos!

Fuera resopló un motor acosado por impaciencias apremiantes; palpitaron isócronas las culatas de los rifles despidiendo al Jefe, y la lluvia siguió rumorosa y salmodiosa, rimando el misterio de aquella pupila azul, bajo el chambergo de anchas alas, prendida a las volutas del cigarro que se cuajaban en la molicie indolente de la mañana gris!

GANDARITA

—¡Coronel Gándara ¡

—Mande usted, mi general.

—Es indispensable salir ahora mismo con todos los hombres de usted, de Garay y de Osuna...

—¿Cuándo usted lo disponga?

—¡Ahora mismo!... ¡Los trenes están listos, con las máquinas prendidas, dispuestas de todo a todo!

—¡Está bien, mi general!

Y el general Buelna, "Grano de Oro", pasea preocupado y sombrío a lo largo de la estancia atestada de monturas, polainas, rifles y demás menesteres en hacinamiento febricitante de tropa próxima a combatir...

—¡Ya sabe que se nos "volteó" Valdés con la gente que tenía!

—¡Había oído, rumores!

—¡Pues, contra él va!... Y será usted implacable con todos ¡sobre todo con él!

—¡La traición es imperdonable, coronel Gándara!... ¡Quizás tanto como la ingratitud!...

Los dos milites deambulaban acoplados y rítmicos. El rumboso y fanfarrioso taconeo de las botas abre compases uniformes y graves en la madrugada. Por encima de las gorras guerreras, rígidas y aceradas de tono, gravita un dejo somnoliento de pesadumbre incontinida:

—¡Mi general!...

—¡Dígame, Gándara!

—¡Usted sabe que yo... Usted sabe... que estoy... recién...

—¡Sí! ¡Sí! . . . Se refiere a Isabel . La muchacha esa que...

—¡Exactamente, mi general!...¡Como no tengo con quien dejarla!...Y me sería penoso llevarla entre la tropa... Ella es, como usted sabe, de buena familia!

—¿A que llama usted ser de buena familia, coronel Gándara?

—¡Pues, a no estar acostumbrado a esto de nosotros!... A haber tenido comodidades y...¡Usted me entiende, mi general! ¡Usted me entiende!...

—¡Seguramente! ¡Pero puede dejar usted aquí a su asistente Pantaleón, ese muchacho tan bueno y tan leal para con usted, encargándole que se la lleve en cuanto sea oportuno y digno y fácil para ella y su comodidad!...

—¡Es cierto!...¡Quién mejor que Pantaleón!...¡Me la puede acompañar Pantaleón!... De cualquier modo, mi general, hoy mismo me pongo en marcha...¡Pierda usted cuidado!...

—¡Espero que así sea y le auguro todo el buen éxito que le es familiar en casos semejantes!... Adiós, pues, mi coronel, y buena suerte!...

—¡Hasta pronto, mi general, y muchas gracias por la confianza!

Isabel camina por intrincados vericuetos, entre la maleza inhóspita de tierra caliente. Tras ella, Pantaleón sumiso y como atormentado.

Ambos, jinetes en potros ágiles y conocedores del lugar, azuzan las diligencias de sus cabalgaduras, porque la sombra se cierne amenazante y ella se atormenta con la idea de pernoctar en despoblado. Se atormenta por razón de extraña chispa alucinada y atrevida, en la pupila negra y terebrante del asistente... ¿Deseo?... ¿Concupiscencia? ...¿Lujuria?

¡Quién sabe! ¡Ella teme y teme con ese certero instinto de feminidad que nunca se equivoca! . . . ¡teme y rehuye miradas hipócritas, palabras veladas, sumisas aproximaciones inconscientes! ¡Y siguen, rápidos, por entre los breñales, que cada vez se ayuntan más tupidamente, como para impedirla, como para retenerla a merced de la libido imperiosa del sirviente en anhelos interiores! . . . Cae la noche. Lejanos, muy lejanos, retiemblan los estrépitos pavorosos del trueno. No es posible continuar. Un arroyo desbordado y violento marca límite infranqueable a las temeridades. Hay que aguardar la recalma serrana de la turbonada en precipitaciones implacables...

—¡Tiene usted que dormir aquí, señora Isabel!... ¡La creciente no baja hasta mañana! . . .

¡Debajo de ese árbol; con mi sarape y unas ramas yo le tiendo su cama!... ¡Verá!...

Ella no responde y cree percibir un algo tremante de angustia subterránea en el acento sobrio y cumplido del mozo reverente. Sin quererlo, mide con la inmensidad de sus ojazos negros las dos

inmensidades que la ciñen: ¡el campo y el cielo!... ¡Impasibles! ¡Bellas!... ¡Pero desoladas para su inquietud y para la zozobra atenaceada del presagio!... ¡Ni un refugio! ¡Ni un acogimiento!... ¡Soledad! ¡Soledad por todos los ámbitos, por todos los confines!... ¡Es indispensable pasar la noche en descampado, como dice el infame!... Si, el infame, pues, para ella, ya lo es, en su pensamiento y en su corazón y en la desvalida impiedad de lo irremediable, bajo el toldo de luceros titilantes!...

Detiéndose al amparo de un árbol cobijador y pensativo, en sus ramas lentas y humilladas, que acarician el césped tiernamente...

—,Aquí está bien!

Modula sedeño Pantaleón. Descabalgan silenciosos. Ella repara los miembros entumidos en pasos titubeantes de meditación, cabe la cúpula feraz y aletargada. El, con el luengo y afilado cuchillo de monte, desgaja arbustos y desprende varas, para mullir el lecho rústico de la deseada. Hacíalos, con recónditos relentes inflamados. cerca del tronco robusto y centenario, echando sobre ellos la manta campirana que, atada a los "tientos", viajó sobre las ancas de la bestia en asueto. Alrededor, cerca la improvisada cámara nocturna con el cabresto de cerda, erizo y agresivo, para impedir accesos a insectos y reptiles a la hora plácida del sueño y la molicie . . .

El eco sensual e indefinible de la sombra alienta en la cavilación imperturbable de la tiniebla huraña. Los conos solitarios de la noche se adentran en la selva entre rumores reptantes e indescifrables de hojarasca despierta y aullidos ahogados y torvos de broncos hospicianos de la serranía. Caen las horas en el embrujado cuadrante del firmamento, en una placentera duración tediosa. De vez en cuando el áspero acolchonado se queja y estremece al yugo amable de su carga turgente de sombra y de mujer!... ¡ La noche tira larga de su gran manto largo, en la paz sideral de las estrellas.

De pronto, bajo la copa inmóvil del asilo geográfico y patriarcal, bulle un jadeo intermitente que se prolonga y agiganta en la fragilidad acongojada del muelle ramaje hospitalario, cual si dos fieras lucharan sin vencerse, o dos instintos encontrados y huraños definiesen el asalto violador de las urnas impolutas, sin comunión y sin ofrenda!... ;Y ella y el rebasan el cabresto guardián; lo mismo que en

Oriente los carros de oro de la aurora cercana sobre la dulcedumbre adormilada de los campos!...

A dos leguas escasas del arroyo crecido hay alborozo mañanero de soldados. Aquí y allá aparecen grupos recién venidos de las estribaciones próximas, que charlan o saludan, bromean o se tumban fatigados en el suelo. En tosca mancha de melancolía, despule la holganza estrepitosa de la tropa, un golpe de prisioneros maniatados. Fueron hechos en el combate reciente y vueltos al pueblo con su jefe, también aprehendido por las fuerzas de Gándara, en la noche fatal de su derrota. Se miran los unos a los otros con una sorda penalidad entristecida. Valdés destaca entre ellos. Es alto, membrudo, moreno, muy moreno, y con resabio de altivez guerrera y legendaria. Diríase caudillo adolescente en un grupo heroico de bronce inmortales. Luce destocada la testa, que arremolina fuerte cabellera, confusa en rebeldía!! . . .

Muy atrás y seguido hasta por ocho jinetes empolvados y duros, trota Manuel Gándara, el brioso y temerario lugarteniente de Grano de Oro. Tez blanca, silueta delgada y rostro cejijunto, zahareño e inflexible. Un negro bigotillo jactancioso matiza la brevedad insolente del labio fino y despectivo de la faz enmarcada, al desgaire, por el tejano vuelto hacia la nuca y el barbiquejo enjuto en los carrillos.

Desmonta. Hay una enramada espaciosa a guisa de soportal frente a su morada. Bajo ella se detiene y bota las espuelas recamadas.

Valdés, el compañero caído en desgracia, viene a su presencia. Atado codo a codo se yergue bajo el techo. Gándara le observa de hito en hito y ordena terminante:

—¡Vidales!

—¡Mande usted, mi coronel!

—¡Desate a ese hombre!... ¡A estos no se les amarra como a los criminales!... ¡Se les respeta siempre ! ; Aunque estén equivocados ! . . .

—¡Gracias, Gandarita !

Balbucea el vencido. Después, torna la voz del triunfador:

—Mira, Valdés, yo creo que hoy viene al pueblo nuestro general...¡Yo le hablaré por ti!...

—¡Gracias, hermano! . . .

Suenan clarines impulsivos y gallos y canes alborozados. Las hembras cetrinas y curiosas solázanse en la contemplación marcial e inesperada.

Vidales, el ayudante, descubre en la lontananza del sendero una polvareda que se acerca!

—Mi coronel, alguien vuelve por el camino... Se "devisa" mucha "polvadera" cada vez mas tupida!

—¡Tal vez el general!

—No, mi coronel, parecen dos gentes cuando más... Es poco el polvo pá la escolta de mi general !

—¡Date bien cuenta y avisa!

Llega. Si, son dos personas; Isabel y Pantaleón. A la zaga, vislúmbranse también Grano de Oro y su escolta, que se detienen con la tropa acampada.

Manuel Gándara se aproxima hasta su amada y en un movimiento de eufórica ternura, cual sacerdote que oficiase el rito áureo de una liturgia desbordada y saudosa, eleva el cuerpo ansiado y esperado en oblación astral. Al dejarlo en tierra, ella rehúye el contacto del brazo férreo mientras habla en secreto al adorado. Gándara tiembla estremecido a las frases candentes de Isabel. Lívido, desencajado y ausente brama, mas que grita:

—iiiPantaleón!!!

El asistente avanza automático hasta su jefe que empuña su revólver cálido todavía del combate

cumplido y deja caer sobre el pecho del servidor infiel la misericordia vengadora de su carga de acero.

—¡Y tú, Isabel, métete en la casa y espérame! .

—¡Mi general, debo una vida!... ¡La de ese infame !...¡Lo maté por traidor! ¡Por malagradecido!... ¡Porque... pretendió... en el monte!...

—¡Hizo usted bien, coronel!

—¡Y esta vida que quito quiero restituirla con otra vida, mi general!

—¡Usted dirá!

—¡Deme la vida de Valdés! ¡Para quedar a mano!

—¡Disponga de ella, coronel Gándara!... ¡Los hombres como usted, merecen todo!

—¡Gracias, mi general! ... ¡Valdés, estás libre!... ¡Vente a tomar una copa!... ¡Isabel!...¡Isabel!
... ¡Abraza al general.

GARZUPA

El pueblecillo reseco y polvoriento hállase entumido de recelo desde la entrada de las fuerzas revolucionarias de Grano de Oro, que comanda directamente su segundo, el sensual y tormentoso Rafael Garay. Hombre joven, avanzado en estatura y recio y ágil sobre la tierra y sobre el potro, en la ciudad, cual en el campo. Goza larga fama de dispendioso y generoso; de atrevido e inquieto, como un leopardo pubescente. Allá, por su niñez de mimbres y ébano, flexible y duro, sobre las faldas de la montaña sinaloense, luchó a la vera de su padre, por torcidas calamidades de la suerte, con las fuerzas rurales del dictador y aureoleó prosopopeya de indómito, audaz y marrullero, entre la gente campesina y minera de la región. Fueron celebres sus dionisiacas intemperancias bullangueras y aquí y acullá sembró renombre de peligroso e impulsivo, valiente y disipado, en la hora jocunda de la música pueblerina y del paseo a caballo. tras la hembra en acecho, por calles y plazuelas. cantinas y mercados, ferias y holgorios populares.

Decíanle Garzupa, por no se sabe que rara perversión hereditaria del patronímico familiar, tan traído y llevado en lenguas y aventuras, corridos y leyendas del tiempo de su abuelo; y a la sazón, a gala ostentaba el dejarse tutear por tropa, clases, oficiales y jefes, en todos los momentos de su desquiciada solvencia moceril.

Poco catava su mente, enmarañada de recuerdos turbados y violentos, sobre ideologías y temas literarios del instante social que habíalo desgajado de los montes nativos, para traerle, caballero en torbellino de salvajes crines, desde las

maniguas de occidente a aquel pueblecillo polvoso y temeroso que, por ahora, amparaba a su persona y a su gente, y tal vez, mañana dispensaría lo propio a su desorden y a su nombradía de raro sacerdote del escándalo.

¡A nadie respetaba ni a nadie atendía! . . . ¡Para él, rústico incrédulo y malicioso, sólo cujaba una jerarquía: ¡Grano de Oro! Y una autoridad irrefutable: ¡Grano de Oro!... Rudimentaria su disciplina y primitivo su instinto luchador, era un Atila absorto en otro Atila, que acercaba la ley de dos arrojos increíbles!...

--¡Oye, médico, mira esta orden! —¡Que dice, Garzupa! — ¡Léela! . . . casi no se distingue la letra al amparo titubeante de una luz desvaída de amanecer. Es una orden terminante, apremiante y sanguinaria, del Supremo Cuartel General. Había que atacar al poblado inmediato, sin piedad, sin cuartel y sin prisioneros.

—¡¡¡ Sin prisioneros !!!!

Repetía Garzupa ensoberbecido y rotundo.

—¡Por que me dan órdenes a mí, estos hijos de la!.. ¡Ora que ni esta aquí Grano de Oro!... ¡Como si fuera tan fácil matar gente a sangre fría!... ¡Y luego, compañeros que han peleado como uno, por estos hijos de la!...

-¡Pero no queda mas remedio, hermano!

—¡Si queda, como no ha de quedar!...¡A poco crees tu que yo voy a obedecer esto!...

—¡Tienes el deber! ¿No ves que es orden de la Jefatura?

—¡Que Jefatura ni que hijos de un! . . . ; No; yo no mas no hago eso!... ;Aunque me truenen!

—;Sabes, ha de ser represalia; desquite, hermano ! . . . ; Ya viste lo que hicieron ellos, los del

pueblo, con los ochenta de Lucio que agarraron prisioneros. . . !

—¿Que?

— Nada; los mataron a todos con ametralladora!

— ¡ Qué brutos!... ¡ Pero, en ese caso, que vaya Lucio!... ¿Por que he de ser yo?... ¡ A mi no me han matado a nadie!...

—; No, Garzupa querido, no; tenemos que ir! . .

El bronco cabecilla se resiste y recorre de un extremo a otro la amplitud del recinto, con sus zancadas inverosímiles de ciervo infatigable del picacho y del risco. El médico le mira, atisbando el minuto propicio para convencerle... Ya lo conoce y sabe que se escucha a veces en sus taimadas rebeldías de labriego tozudo y ladino. Y, además, con ese objeto dejólo Grano de Oro cerca del instinto irrefrenable . .

—¡ Mira, hermano, a mi no me importa la Historia, como al viejo Villa, que siempre la está mentando y siempre está haciendo barbaridades; a mi, me importo... ¡Yo! - Me cuadra pelear, como los hombres, mi médico, y en cuanto me enredo ¡pos ai nomás, el que tenga más saliva ! . . . ; y el que devise más lejos!... ¡Pero una vez en triunfo, no, hermano, pa que es más que la verdad; no más ;no! y ¡ya!...

—;Bueno, pero, si lo ordenan, tú, como soldado, tienes que obedecer ! . . . ¡No vayan a pensar que tienes miedo !

-¿ Miedo yo ? ; Ah, qué ellos ! . . . Y además, yo no soy soldado!... ¡y tengo que obedecer hasta cierto punto y según y conforme!... ¡y a mi jefe, no a esa bola de licenciados y políticos que todo lo enredan y descomponen, pa que nosotros nos quedemos panza arriba!...

—¡A pesar de todo, tenemos que ir!... ¡Si no vamos se enoja el general y nos maltrata cuando venga ! . . .

—¡Oye, se me ocurre una idea!..

-- ¿Cual?

—¡ Mándales avisar que pa allá vamos y que se escondan . . . ! ¿ Que tal ?

—¡ Muy mal ! . . . ¡Porque, tomarán prepararse mejor y entonces somos nosotros los que seguimos a los de Lucio!

—; De veras ! ¡ No caía ! . . .

Un ordenanza se presenta con mensaje urgente. Garzupa se apresura:

—¡A ver, manito!

—¡Creo que es del general!

Afirma jocundo el asistente.

—¡ Ora si: no tiene remedio ! ¡Lo ordena el Jefe y vamos luego, luego!

—¡ Pero, Grano de Oro dice que no hay que hacer prisioneros?... ¡Qué raro!

— No. hombre, si no está loco ! . . . ¡ Grano de Oro nomás dice que vaya, y voy !

—¡Allá veremos lo que se hace!.. ¿Cuándo viste a Grano de Oro matar prisioneros?. . .¿Cuándo?

—¡ Nunca ! . . . ¡ Por eso me extrañaba !

—¡ Pos entonces ? . . .

Bajo el cielo entoldado de la tarde trota la cabalgata amenazante entre milpas lujuriosas de verdura. A su frente, Garzupa, sobre lucido potro azabache, y atrás, conservando la distancia conveniente, el carro sanitario, con médico, enfermeros, curaciones y camillas.

Al llegar a un paso de nivel donde se bifurcan rectilíneos los senderos, divídise el contingente en dos alas, para abrir en tenaza el amplio movimiento

sobre la plaza por tomar. Y a una voz del lobezno, engreído sobre su montura bordada y repujada, avanzan los dragones al galope y así pisan atropellados y fanfarriosos las goteras solitarias de la villa, bajo tórrido aguacero que acurruca a los defensores al amparo de soportales y techumbres de tupidos ramajes campiranos.

Hay una descarga de fusilería que hace rodar exánimes las mantas percutidas sobre los cuerpos yertos. Garzupa, enfurecido por lo inicuo del ataque sin réplica, se yergue y grita:

—¡¡ Al viento, muchachos !! . . . ¡¡ Disparen al viento !! . . . ¡¡ Si al cabo, no responden !! . . .

El otro brazo de la tenaza de fuego muévase también siniestramente, arrasando techos, jacaes y escondites. A su vanguardia se recorta la efigie desconcertante y extraña de Guzmán. Un raro milite de añosa cepa fermentada que se toca con viejo y deslavado kepí, por cuya indumentaria conócenle entre la fuerza al remoquete de Chaco. Tipo lombrosiano que, al avanzar, viene rematando, con voluptuosas dejadeces carniceras, al herido y asesinando al prisionero o al curioso, por satisfacer concupiscencias desviadas de lóbregas biología antropoides.

Enhiesto sobre su corcel encabritado, ulula:

—¡Todo el que ande en calzones, túmbenlo!

Y arrecia su matanza, paladeando los gestos postreros de las agonías que besan el barro recién lavado por la lluvia, cual si todos sus sentidos, en alborozo desbocado, vibraran al espasmo de las delicias inefables...

Va desvaneciéndose la greguería férrea del combate en tanto el horizonte se liberta de nubes paralíticas y negras y el ocaso prende el policromado lampadario de la tarde. Sólo de vez en

vez el eco aislado de un disparo que otro del revólver vesánico del Chaco, que deambula inquisitivo, al oteo de testas humilladas, en las dramáticas insolvencias del Dolor y de la Muerte!

—¡A ver, Patrón,—ruge Garzupa rencoroso y sombrío -haz favor de pararle la máquina al Chaco inmediatamente !

—¡ No quiere !

—¡Pues si no quiere, mávalo!

Entre un grupo de soldados agitate inagotable un preso, que habla y habla, sin descanso, sin tregua y sin sosiego. Tras el, vuelve Patrón, humeante el revólver en la diestra.

—¡ Garzupa ?

—¡ Qué hay, Patrón ?

—¡Tuve que matar al Chaco ! . . . ¡ No pude contenerme al verlo descabezar a un niño!...

—¡ Qué bestia ! ¡ Muy bien hecho, por bandido ! . . . ; Y que lo entierren los zopilotes ! . . . ¡ Y ustedes, que traen?

—; A este viejo hablador, que dice que es el médico de aquí!...

Y el hombre de la verba suntuosa abre el huracán de sus palabras y bota sobre el grupo un caudal burbujeante de disquisiciones históricas y filosóficas argucias de vencido. Surgen Alejandro y Atila y Cesar y Bonaparte, en mítica condescendencia delirante con la piedad, el amor a los hombres, Jesús y el Gólgota! Una zigzag de vocablos y de ideas, de ademanes y actitudes, que el pánico alienta en aquella alma dicharachera y fervorosa de superstición y de milagro!

—¡Porque usted, señor general!...

—¡Hágamela buena! ¡Todavía soy coronel!

—¡ Usted, en la sideral anunciación de las eclípticas marca fosforescencias de divinidad y

alumbra provocaciones augustas de benevolencia y sella...

—¡ Oye!, médico, mira, llévate a este gallo contigo ! . . . ¡ Al fin es de los tuyos ! . . . ¡ Súbelo a tu carro; no le vayan a cortar la lengua por hablador!

—¡Oiga, amigo, véngase ! ¡Pronto, encármese en la ambulancia y cállese!

—Me permiten ustedes que vaya por un guajolotito para obsequiar a este nuevo Marco Claudio Marcelo que derrota las huestes cartaginesas de Anibal, al amparo...

—¡Mejor duérmase, porque se lo cargan! ;Yo se lo que le digo!

Sigue Garzupa erecto sobre los estribos. Contempla las argucias atemorizadas de una silueta de mujer que encuadra la pompa cardenalicia del crepúsculo, en grave sinfonía mayor. De pronto, lo hace volver la voz atenorada y fluida del boticario prisionero:

—¡La niña aquella que nos mira, señor general, es hija mía!

El soldado sonríe indefinible y en seguida, tornándose al mozuelo moreno y cejijunto que aguarda inmutable la orden imperiosa, con el clarín atento, le dice:

—¡Matías, toca reunión!

—¡ Qué hay, médico, cómo te va ?

—¡Qué tal, Garzupa?

—¡ Muy bien !

—¡Te probó el combate, verdad?

—¡Si, pero no se te vaya a ocurrir venir a saludarme con el boticario!

- ¡Hombre, pues, en eso pensábamos esta mañana, precisamente!

—No seas bárbaro !

—¡A poco te "avanzaste" la botica?

—¡No; pero me traje a su hija, que es peor!

—¡Con razón te empeñabas en no fusilar los prisioneros !

¡GRACIAS GRANO DE ORO!

Marcelino Godinez fue el primer asistente de Grano de Oro. Habíalo acompañado, con lealtades de sumiso vasallaje, desde su expulsión y salida del colegio hasta la toma, en triunfo, de la capital. Uno a uno subió con él los peldaños pinos y fatigosos de la brega sangrienta y uno a uno asistió a sus azares, privaciones y fatigas. Grano de Oro tenía en concepto de ambicioso y sin escrúpulos, para con todos, excepción hecha de su propia persona, a quien profesaba extraño cariño y embelesada y ruda preferencia. Hijo de un zapatero de su pueblo y avispado parcamente en letras y en estudios, imbuíase en lecturas estafalarias y placíale fingirse a sí mismo protagonista admirado de argumentos calenturientos de narraciones y novelas. Su afán era llegar a poseer, sin detenerse al medio ni al obstáculo. Por eso hubo de acoplarse al estudiante libertario y audaz, que desconociera a un gobernante y plantara las tiendas de su sonada gallardía frente a las conveniencias de momento y a las prevenciones de interés.

Sin embargo, nunca pudo alentar en cimas destacadas, porque sus calidades aleteaban en bajos tapias de corral y no en crestas de vértigo y altura. Ave doméstica mejor que águila en azur, estancóse en capitán primero y era muy más solicitado en menesteres de extensión cotidiana y vulgar que en dramáticos de sangre y de pelea.

No obstante, él se asfixiaba en ambiciones de regalo y de riqueza, con libertinaje y licencia, que habíanle trastornado el seso y cargábanle a mal traer desde la noche a la mañana.

—¡No creas tú, Vidales, que a mi me importa el pueblo y la traición de Huerta y todo eso! ¡No! ¡Yo quiero tener ! ¡ tener ! ¡ tener ! ¡ Gostar y gozar y conseguir! ¡Coches! ¡Mujeres! ¡Lujo!. . . ¿Tú has leído al Señor De Phocas. . . ?

. . . Argüíale al pagador Vidales, que, con su pupila burlesca y juguetona, medíalo sonriente y sentencioso:

—¡Bueno! ¡pero cómo te vas a hacer rico si tienes tanto miedo?

—¡ Yo sabré ! ¡ Yo sabré ! . . . ¡ A poco nomás los valientes se hacen ricos?... ¡ Ai no está Grano de Oro! ¿hay otro más valiente?... ¿y que tiene?

Y caía sobre su libro, ensimismado con las depravaciones sensoriales y absurdas, en el estro delirante y alucinado del magnifico desequilibrio de Lorrain.

Una tarde de esencia y de pereza, en que los hombres y las bestias desplazaban somnolencias en el colapso inhibitorio del caserío recién tomado, hallóse ante el Jefe accidental de la plaza un cierto personaje, rubio y magro, que con honda y quebrantada exaltación, inquiría torvamente:

—¿Quiere usted decirme, señor, si puedo hablar con el jefe de la plaza?

—¡ Si; pase usted !

—¿ En aquella puerta?

—¡ Exactamente !

Y el afligido se encara de una vez con el teniente coronel en función de autoridad primera, que, distraído y absorto, deleitaba su inconsciencia pasajera y feliz, tal vez, en remembranzas y nostalgias acariciadoras y lejanas.

—¿ Tengo el gusto de hablar con el jefe de la plaza ?

-Si, con el habla. ¿ Qué desea?

—Quiero hacer a usted una confidencia dolorosa, pero, necesaria, señor!

—¡ Usted dirá ! . . .

—¡Aquí no puede ser!

—¿ Entonces, dónde ?

—¡Bajo cierta discreción, señor!... ¡Es muy delicado el asunto!...

—Esta bien. Pase.

Dos cámaras adentro y luego, la personal del jefe de la plaza. Un catre de campana; una petaca entreabierta; un cajón en equilibrios de lavabo, y otro, serenamente encarpetado con periódicos, soportando una vela erguida sobre la letra menuda de asuntos y noticias, que murieron de un día a otro, cual pétalos inertes de la gran flor del pensamiento cotidiano.

—¿Le parece bien aquí?

—Si, señor.

—Usted dirá.

—Me da pena incomodarle con algo que, tal vez, yo soy el único llamado a resolver.

—¿ Y. luego ?

—Es que en este caso, molesto para los dos, hay seguramente metido un oficial de este cuartel!

—¡ Un oficial, dice usted ?

—¡ Si, señor !

—¿Y qué anda negociando ese oficial en las cosas suyas?

—¡Algo muy grave!

—¡ Dígalo ! ¡ Se lo ordeno !

—¡ Mi dinero, primero; y mi honra, después !

—¡Su dinero y su honra?... ¡Pero, en qué sentido ?

—¡ Enamora y seduce a mi mujer para lograr lo que yo he trabajado con tanto sacrificio!

—¿Y, cómo lo sabe usted?

—¡ Me lo dijo mi criada!

—¡ Las "gatas" son muy habladoras !

—¡ No ! ¡ No ! . . . ¡ Vea usted este papel ! . .

—¿ Que dice? . . .

Es un recorte veteadado de sudor y polvo ennegrecido, que reza en caracteres casi indescifrables: "Te espero en el mercado. No dejes de ir".

—¡ Pero, esto no tiene firma! ¡No se por qué se le antoja que sea de mis oficiales! ¡No más eso faltaba que fuéramos a fusilar a uno de ellos porque usted dice que le quiere robar la mujer y el dinero! ¡como si no hubiera otras capaces de hacerlo y hasta otras capaces de admitirlo!

—¡ Es que a mi me consta!

—¡ Que le consta? ¡Mire, amigo, no se traslimate, porque corre riesgo;

—¡ Pues aunque corra ! . . . Yo lo he visto por allí deteniéndose en las rejas y ofreciéndole dinero a la criada y...

—¡ Mire, todo eso no es bastante para venir a hacerme perder el tiempo! ¿Es usted hombre?

—¡ Creo que si !

—¡ Bueno, pues, los machos cuando topan con estos asuntos los arreglan solos!

—¡ Está bien, señor ! ¡ Usted perdone !

Y el rubio y flaco individuo, con aspecto exótico de extranjero aclimatado, sale a la rúa cansina de tierra removida y a trechos fangosas, donde cerdos y gallinas manchan las indolencias ocres y desurbani-zadas de la senda.

"¡Que bonito es el Quelite!

¡bien haya quien lo fundó!

porque en sus orillas tiene

¡de quen acordarme yo !"

Cantan las voces acordadas de un orfeón entonado y ranchero. Bordonean los ritmos de una guitarra plañidera y añorante, mientras van y vienen, en el cuartel, jefes, oficiales y tropa, que celebran onomásticos rituales en el tiempo y en la accidentada convivencia guerrillera .

"Mañana me voy, mañana,
mañana me voy de aquí
y el consuelo que me queda
¡que ya no me voy sin ti!"

...Fuera, la banda del regimiento dispersa los dejos agresivos de su fanfarria estridente, con aires que se infiltran por las almas belicosas y melancólicas de curiosos, soldados y vecinos. Los ferrados ventanales del ruinoso caserón improvisado en fortaleza muestran galones y barras, estrellas y botas charoladas, en un jacarandoso contubernio de canciones tenues y melosas y frases contundentes de intención y de folclor...

A la distancia, entre torbellinos de polvo agitado en desperezos impalpables, anuncia un automóvil su arribada. Al divisarle el avanzado centinela, desde su rito inmutable y trivial de vueltas repetidas, clama sonoro y rotundo:

—¡Cabo de Cuarto! ¡El General Jefe de la Columna !

Y acuden raudos los hombres en tropel a formar valla, mientras se oyen en el viento del mediodía otoñal, las notas transparentes del clarín, atacando, pleno de armonías, las llamadas de honor que anuncian la presencia de Grano de Oro.

Desciende. Saluda militarmente y penetra en medio a sus subordinados y compañeros con quienes se confunde familiar y expresivo, entre abrazos

hercúleos y apretones de manos sarmentosas y duras, que dejaron arados por fusiles y pizcas y labranzas, por reivindicaciones y justicias:

—¡ Viva Buelna !

Aúlla la encabritada concurrencia.

—¡ Viva Grano de Oro!!

Redarguye atiplado y solemne el ríspido ulular de Marcelino. En tanto se mezclan y confunden copas y botellas, gargantas que degluten refrigerios y cantos empapados de saudade...

El sujeto rubio y magro pide venia de hablar con el caudillo. Aquel extraño acusador de falsías femeniles y torpezas criminales de rufián, desea conversar con Grano de Oro.

—¡ Yaquí!

—¡ Mándeme, mi general !

—;Vea que le duele a ese!

—¡ Es que quiere hablar con usted !

, -¡ Que pase... Garzupa, voy a tu cuarto con ese amigo! ¡Hace días que me sigue a todas partes !
.. ¿Qué querrá ?

La figura gallarda rompe el bullicio de la estancia en holgorio. Apártanse los circunstantes con respeto viril y pasan a la recamara mentada el prócer y el incógnito. Ligeramente doblada sobre el hombro la cabeza aquilina, en caballeresco ademán de gentilhombre, inicia Grano de Oro:

—¿ En que puedo servirle?

—¡ Mli general, hace días tengo urgencia de encontrarle ¡

—¡ Ya lo he sentido!

—¡ Pues bien, señor general, con todo mi respeto y admiración, le diré que se trata de un oficial de su columna que pretende, ahora si tengo pruebas, suprimirme, para despojarme de dinero y de mujer !

- ¡ En donde?... ¿Aquí en el pueblo?
—¡Si señor; en esta misma esquina del cuartel !
- ¡Está usted seguro?...¡Mire que por menos suelo fusilar sin restricciones!
—¡Se lo puedo probar a usted, mi general!
-- ¡ Y, quien es el?
—¡ Un tal Marcelino !
— No le quitaran el dinero!...que.. en cuanto a la mujer... ¡me es imposible responderle...y ...además, eso no es cuenta mía!... ¡Oigame!
—¡ Diga, mi general !
—¿ Qué pruebas posee?
—¡ Yo se las llevare a donde me cite, señor!
—¡ Llévemelas mañana y... ¡váyase tranquilo!

El capitán Marcelino Godinez está en capilla. Va a ser pasado por las armas bajo la aurora próxima a brillar. Le fue comprobada la acusación tremenda y Grano de Oro es implacable de severidad en tales desviaciones. En uno de los interiores refugios medita y lamenta el final de sus sueños de opulencia y fortuna, al claror de sus libros bordados de sensualidad.

Reina un ambiente sobrecogido en los ámbitos hipnotizados de la hosca casona miliciana. Un ambiente pausado y religioso de espíritus que se acurrucan en las profundas galerías de su misericordia. Los ruidos triviales, sin acentos, agrándanse en la hora de estas meditaciones empapadas de soledades, sin ausencia. Van y vienen colegas ingrátos que se duelen al suplicio próximo del condenado irremediable, con ásperas delicadezas de rudos oficiales del Dolor. Respetuosos de aquella liberación violenta y trágica de un alma amiga y familiar apenas si se atreven al lastimero embozo de resignada pesadumbre.

En el pulido y límpido kaleidoscopio cual tramonto éntranse las sombras con pasos pausados y, en manchas excéntricas y lentas, engarzan de luceros el zafiro infinito. Por entre los muros del cuartel insinúanse también, acariciando aristas y arrojando mutismos y cansancios. El reloj inmisericorde de la oficina monotoniza el árido entumecimiento de la estancia en zozobra con su tic-tac perenne, y el sentenciado, húmeda la frente entre las palmas húmedas, cavila y vence las horas y las horas!... Se aspiran las tinieblas y en el vacío de noche sin ecos, se ausculta únicamente la voz indescifrable de lo eterno!...

...De súbito, una silueta embozada y romántica cruza los corredores sigilosa y resuelta. Llega hasta el entarimado del calabozo tétrico. Antes de penetrar, se identifica y manda:

—¡Retírese hasta que lo llame! ¡Quiero hablar con el reo !

Tercia armas el centinela y obedece replicando en susurro:

—¡A la orden de usted, mi general!

--¡ Retírese !

Nadie escucha. Nadie sabe lo que hablan en el fondo Grano de Oro y el preso. Solo al levantar la voz engreída, el cuitado solloza:

—... ¡No he de volver a hacerlo! ¡se lo aseguro ! . . . ¡ No he de volver !

-¡ Así lo espero y en ti confío!... ¡Adiós!

-¡ Ya es hora, Marcelino!... Nadie responde...

—¡Ya es hora, Marcelino!!!... La propia indiferencia en la pesadez de la tiniebla amedrentada. Ni una voz... Ha huido el reo... Sólo quedó, sobre la mesa tosca de pino sin labrar, el carbón luminoso de esta frase enternecida que al fugarse escribiera:

¡ Gracias, Grano de Oro !

EL TERRAPLEN

Aquel enorme terraplén que se alargaba jadeante faldeando el lento declive occidental de la sierra, había sido teatro sangriento de enconadas disputas implacables. Los dos bandos en pugna estrellaron potencias y fanfarrias contra el enorme espinazo sobrecogido en la planicie cual inmenso cadáver de mítico reptil petrificado, por sobre cuyo lomo tendieron los hombres las cintas rígidas de férrea comunicación.

Todavía, a trechos, blanqueaban esqueletos de animales que despojaron los buitres de las carnes martirizadas por la fatiga, por el esfuerzo y por el dolor de la contienda. Y todavía, a trechos, revoloteaban negras y fatales, puntos suspensivos de la carroña y de la muerte, las alas pringosas, cobijando despojos putrefactos, disimulados entre los breñales impenetrables de la selva en lujuria...

Atardecía. Un vaho caluroso y pasmado entre-abría las fauces de la estepa, adormecida por las huidas impacencias de un sol canicular, peinado en igniscencias de fuego derretido y una suave vislumbre de oro retocado burilaba la transparencia orlada de la llanura azul. Allá, sobre las vértebras monstruosas del dinosaurio mutilado y desnudo de tierra pisoneada y piedras remolidas, apenas si se columbraba la indolencia paralítica de una polvareda persistente hacia el bosquecillo de madroños, que acogía, a la distancia, el terraplén y lo ocultaba a las inquisiciones del crepúsculo.

¿Eran soldados?... era un grupo de ellos adentrándose, camino a la ciudad recién rendida, que había preferido el paredón expuesto a las ofensas del enemigo alerta y próximo que, en trance

de sitiar y reponer sus pérdidas, movíase siniestro y amenazante en los confines. Cabalgaban enfilados, de tres en tres, luciendo a la vanguardia, montando a mujeriegas, tal vez por descanso, la gallarda cadencia miliciana de Grano de Oro, en retorno a un reconocimiento de retenes...

-Oigame, capitán Gurrola, ¿qué sucedió con el tipo ese que se pasó con nosotros?...

-¿Cuál, mi general?... ¿El que nos dio la llave de la Muralla para poder desalojar al enemigo de aquí?

-¡Sí!

-Por allí anda, muy satisfecho, mi general, y presumiendo mucho por su acción.

Se oye un disparo... luego, varios... rápidos, nerviosos, continuos... hay salpicaduras de polvo, intermitentes e isócronas, al chocar las balas tangenciales contra el lomo arcilloso de la serpiente interminable... de pronto, en estrépito de correajes y metales, rueda una bestia con su jinete hacia el camino real... Grano de Oro inmutable y sonriente, cual si tornase de una ensoñación, clama jovial:

-¡Ah, Chihuahua, ya nos vieron!...

Y vuelve la testa destocada hacia su Inter-locutor de hace un instante. Ha desaparecido. Con todos sus compañeros bajó discreto a protegerse del asalto, al lado opuesto del paredón. Sobre el relieve gris solo se mantiene, hierática y ausente, la figura de Grano de oro y el deambular, monótono y casoso, de su potro de guerra, que prosigue la derrota, igual que un fantasma penumbroso y borroso entre la oscuridad, que va entoldando el filo acerado de la serranía... ¡Uno, dos, tres! Restallan los balazos, espaciándose, conteniéndose, anulándose, en impotencia de visibilidad, El Mapache, con su carga nobilísima a mujeriegas, remarca sus pisadas

acopladas sobre el terraplén, que se ahuecan y agrandan en la tiniebla, mientras resopla gulas de pesebre ante la afelpada suavidad de la noche, que azota el silbido destemplado de una tonadilla parpadeante y difícil en los labios de Grano de Oro...

De repente, ofidio que presagia primicias de presa codiciada y perseguida con ahínco, brota de los desconocido una mujer, imperiosa y resuelta sobre las bridas del caballero solitario y ensimismado, virilizando el aire con rápido reflejo de puñal. Grano de Oro, instintivo, aligera su ágil cabalgadura de combate, en centellante impulso encabritado, sobre el obstáculo indefinible y lo hace rodar, con acento sordo de huesos que rechocan contra durezas impasibles de peñas afiladas y sueltos cascajos desvalidos, hasta el fondo de la pendiente que limita el sendero, por donde acuden fragorosos y embravecidos los oficiales de la escolta.

—¡ Quietos ! ; Quietos ! ; Que nadie la toque ! ; Recójnala y condúzcanla al cuartel ! ; Que nadie sea osado de tocarle un pelo ! . . .

Arrecia la voz engolada y varonil de Grano de Oro entre el placido mutismo de la noche y retiembla, un punto, en el eco cercano de la montaña agreste, de donde partieran los disparos del atardecer... Luego, nada... Otra vez el andar monorrítmico del Mapache sobre la espalda mítica del dinosaurio inmenso, que quedara mutilado en la planicie, para que los hombres tendieran a los hombres los dos hilos rígidos de su comunicación y de su amor, aunque a veces también de su penar y de su muerte!... Y otra vez la tonadilla claudicante y trabajos en el belfo contraído y desdeñoso de soldado sin malicias musicales!...

—¡ Alto ! ¿ Quien vive ? . . .

—¡ El General Jefe de la Columna!

—¡¡ Tercien armas !!

Los guardias saludan con épicas y rotundas majestades. Dan en sus rostros un halo iluminado de admiración al héroe y, en sumisión de incondicionalidad, prometen al caudillo, rutilante y magnifico, el tributo tácito de sus vidas y sus integridades primitivas y únicas.

—¡ Gurrola !

Flamea la palabra atemperada y broncínea del jefe enmañado:

—¡ Mande, usted, mi general !

—¡ Quiero que traigan a mi presencia esa mujer que aprehendieron anoche que regresábamos de la línea de fuego!

—Si no es mujer, mi general !

—¿ Pues, luego ?

—¡ No, señor, es hombre!

—¡ Cómo hombre, si yo logré verle enaguas en la oscuridad !

—¡ Si, mi general ! . . . ¡ Hombre ! . . . ¡ Y se llama Epifanio Martínez!

—¿ Epifanio Martínez ? ¿ Epifanio Martínez ?

..

—¡ Si, mi general ! . . . De Angostura, según nos confesó después de muchísimo trabajo...

—¿ Y por qué hizo lo que intentó? . . . ¿ Se los dijo ?

—¡ No! ¡Se negó a decírnoslo y como usted nos ordenó que nada le hiciéramos, pues, allí está todavía con su secreto y su sonrisa endemoniada!...

Vuélcase de las cámaras vecinas un rumor desatentado y pertinaz. Gentes que se precipitan y acuden con violencias de acción y murmurios azuzados, impetuosos y urgentes. De súbito, penetra en el recinto, donde atisban inquisitivos ambos gue-

rreros, un sargento, que tremola en la mano enca-
llecida y recia un cinturón de cuero retostado por el
sudor, el sol y la vejez...

~¡ Mi capitán, mi capitán !—y al toparse de
bruces con Grano de Oro, que le mira curioso e
imperativo, se cuadra sorprendido, y rígido saluda
marcialmente:

—¡ A la orden de usted, mi general!...

—¿Que pasa?

—¡ La "vieja" que agarramos anoche, se que-
ría horcar con este cinto, mi general, colgándose del
fierro de la ventana!

-¿ Y por qué? ¿No dijo por qué?

—¡ Si, mi general, dijo que porque a ella, digo,
a él, porque es hombre, mi general, no lo fusilaba
cualesquier hijo de la... como!...

—¿ Como quién ?

—¡ Pos, pos, perdóneme, mi general, dijo,
que . . . pos, no me atrevo a repetirlo... no me
atrevo!

—¿Como yo?

—¡ Si, mi general! pero yo no me atrevo,
conste, que yo no lo repetí, mi general, no puedo de-
cirlo yo de usted, mi general!... ¡ Yo lo quise matar en
cuanto lo oí, pero, pos, usted nos dijo que no le
hiciéramos nada y... allí está... óigalo, mi general,
cantando ! . . . ; Le cuadra mucho cantar ! . . . La
noche entera se llevo cantando!...

En la propincuidad del soportal interior de la
arcaica morada en alborozo aletea cálida, pastosa y
templada, la nota del prisionero, a ratos sacudida
por tosecilla convulsa y pertinaz...

¡ Valentina, Valentina,
rendido estoy a tos pies!
¡si me han de matar mañana
que me maten de una vez!

—¡ A ver, Gurrola, tráigame ese individuo para acá, inmediatamente! ¡ Y luego, déjeme solo con él ! . . . ¡ Tenga !

Y de la cintura elástica de tigre adolescente o de lírico David renacentista, descuelga su revólver de cachas tonalizadas en oro, en nácar y en acero, al par que salmodia, entre hosco y familiar:

—¡ Si me ve desarmado no tendrá desconfianza y hablará claramente!...

Prendidos y agrandados en toscas y pujantes resonancias acércanse los pasos sonoros de un pelotón. En medio, altanero y solemne, camina el magnicida frustrado. Con un raro rictus gélido, descolorido, agrio, como de fruto tropical enfermo y sin sazón! ¡Pulpa de pantano! ¡De charca! ¡De limos cadavéricos urgidos en la sombra!

—¡ Qué se le ofrece?

Bisbisea al internarse, altivamente, provocativo, retador y romántico! El blondo cabecilla de tonos matinales en la frente solemne, ordena comprensivo:

—¡ Retírense !

Los custodios dan media vuelta, y engallan, frente a frente, reo y juez, miradas de hito en hito, a las pupilas. La hipnosis del mozalbete, jerarquizada y estatuaria, domina la bronca altivez del detenido y hácela humillarse sobre las baldosas gastadas por el tiempo, en recóndita postración imperativa. . .

—¡ A ver, siéntate—inicia franciscano, al tenderle una silla ceremoniosamente—, siéntate y cuéntame por qué me quisiste matar?... ¡Qué mal te he hecho?...

La figura delgada y cetrina del enjuiciado permanece inmutable. Ni un solo músculo contrae su rostro, ni su cuerpo. ¡ Parece de granito ! ¡ De granito, frío, mudo, insensible ! . . .

—A ver, dime ¿ te mandó alguien ? . . . ¡ Te dieron dinero?... ¿Cuánto?... ¡Dí hombre, di, estás frente a otro, tan hombre, por lo menos, como tú ! . . . ¡ Di ! ¿ Te compraron ? . . .

—¡¡No!!—ruge como conmovido por descarga interior.

—¿ Entonces ? . . . Tú parece ser hombre resuelto. . .

—¡ Cuando menos tanto como usted!...

—¡ No lo dudo!... ;Pero yo no mataría a nadie como tú pretendiste hacerlo conmigo!

—¡ Asegún y conforme ! . . . ¡ Su categoría de usted no me daba postura pa otra cosa! . . .

—¡ Yo soy capaz de satisfacer a cualquiera en el orden y en el terreno que guste! . . . ¡ Sólo necesito que me llamen! pero, que también me den la razón de por que voy a morir o matar ! . . . ¡ Por eso quiero que me la digas y después veremos lo que sigue ! . . .

—¡ Usted y yo tenemos una deuda que no hemos saldado ! . . .

—¡ Ignoro cual sea !

—¡ Usted me robó a la Gabriela cuando tomó Angostura ! . . . ; Se la trujo, sin compasión y sin lástima para quen la quería como yo la quero toavía ! . . . ¡ Por eso lo quise matar, sin compasión y sin lástima, como usted me la quitó!...

—¿ Dices que la Gabriela ? . . . ¡ No me acuerdo ! . . . ; ¡ No me acuerdo !! . . . ¡ Puede ser ! . . . ¿ Gabriela ? . . . ¿ Gabriela ? . . .

—¡ Ya lo creo que no se acuerda, si en todas partes donde entra hace lo mismo! . . .

¡Bueno ! ¡ Bueno ! . . . ¡ Y si se vino conmigo quiere decir que no te quería tanto o, por lo menos, lo mismo que a mi, puesto que ya nos dejo a los

dos! ¡Se fue! ¡No se dónde está!... ¡ Vaya, ni siquiera recuerdo cuando desapareció!

—¡ Cómo va a recordar ! ; Usted, mi general, tiene todas las que quiere! ¡Y yo soy un simple músico, que voy por los pueblos cantando, cantando, para poder comer ! ¡ Soy pobre ! ~ Por eso se vino ella con usted, y usted se olvidó de ella! ¡ Y me dejó sólo queriéndola yo tanto ! ¡ Es una infamia ! ¡ Es una infamia ! . . . ¡ de usted ! ¡ de ella ! . . .

El dolido juglar gime- ante el silencio petrificado del guerrillero, que lo plasma en la retina con una mansedumbre acogedora y generosa, en el penar irreparable de los derrumbamientos interiores.

—¡ Es una infamia de usted y de ella!...

Repite agorero y contumaz, mientras le constriñe la angustia subintrante de una tos reseca, dominadora e imperiosa, que trae a la garganta un extraño sabor dulzarrón, cual si moviese todas las pesadumbres de su pecho atribulado de pasión, de enfermedad y de recuerdo!... De súbito se arrodilla gemebundo y bribiático, sollozando:

—¡ Devuélvamele, general, usted pá que la quiere! ¡No le hace que me haya dejado! ¡Usted pá que la quiere ! . . .

—¡ Gurrola ! ¡ Gurrola !

—¡ Mándeme, mi general !

—¡ Este hombre queda en absoluta libertad !

Que le den albergue por allí dentro y que le ayuden a buscar esa... ¡ lo que ha perdido! ¡Que nadie le moleste! ¡Puede hacer lo que quiera! ¿Me entiende ?

—¡ Si, mi general, cómo no le voy a entender!

—¡Gracias, jefe, gracias!... ¡Es usted un hombre como me habían dicho!... ¡Tal vez ellas, nada más, tienen la culpa! ¿ Verdá, señor !

Y antes de extinguirse el vocablo retozón y zandunguero en la boca, un espumarajo burbujeante y caliente de sangre rebatida ahoga la intención y la sentencia y macula las losas enmohecidas por los siglos con el escarlata rutilante de la vida, que se escapaba para siempre de aquella miseria quebradiza y angulosa, refrescada por un amor y un dolor infinitos e irremediables entre las impotencias encendidas!

—¿Qué hacemos con el cadáver de ese hombre, mi general ?

—¡ Enterrarlo ! ¿ Cómo qué !

—¿Y con el otro prisionero, mi general?

—¿Cuál?

—¡ El que nos llevó a flanquear a sus compañeros a La Muralla!

—¡Fusílelo, capitán Gurrola! ¡Al traidor después de aprovecharlo hay que destruirlo siempre ! . .

Una pausa sentimental y lenta abre sonrisa indefinible en los labios de Grano de Oro.

—¡ Gurrola, vea allí entre mis papeles, creo dejó esa Gabriela una fotografía ! . . . ¡ Entiérrenla con el músico ! . . . ¡ Quizá, mañana, broten flores sobre la tumba desdichada!...

—¿ Cree usted, mi general ?

—¡ Pudiera ser ! ¡ El dolor es un riego fecundo !

—¿ Para las flores, mi general?

—¡ Para las flores y para las almas, capitán Gurrola ! . . .

EL YAQUI

Camino de la trágica ciudad asediada por tropas rebeldes va un grupo de dragones, a media brida, bajo la transparencia de la mañana de cristal. Es la levítica Morelia que se debate en angustias de recia desesperación bajo el asalto de columnas combinadas, entre las que se destaca la gente de Grano de Oro. Camino de la trágica ciudad y al frente del pelotón, cabalga un hombre envuelto en amplia gabardina negra y tocado con ancho fieltro americano, que se vuelve de cuando en vez hacia atrás, en atisbo de un mozalbete moreno, enjuto e imberbe, quien parece mandar en jefe al escuadrón .

—¡ Acérquese, Yaqui ! . . .

—Ordene usted, mi general...

—Ve aquella casucha, con su corralón tapiado... aquella, casi en la orilla de la ciudad?...

—¡ Sí, mi General!

—Bien. Allí, precisamente, tenemos que instalar nuestro Cuartel General... Avanzamos por esta calzada, haciendo fuego sobre las azoteas que se adivinan coronadas por el enemigo y, unos cuantos metros antes de llegar al corralón, me bajo del caballo, mientras usted, con la escolta, asalta la tapia y se apodera de la casa, estableciéndose definitivamente allí ! . . .

—;Esta bien, mi general!. Conque, adelante, sin desmayar hasta ser dueños de la esquina ! . . .Y el airoso tropel encabritado casi, avanza en hosca fanfarria herrumbrosa, a los prístinos rayos ateridos del amanecer. Lejanamente percíbese el eco tonalizado de las dianas, por sobre las inciertas contingencias del horizonte hostil. Los hombres galopan quietos y en guardia. Van mudos, acordados y

alertas en la claridad iluminada del orto... Se acercan, se acercan, arremolinando polvaredas temblorosas de oro, en la dispersión tamizada de los reflejos alboréales... Suenan disparos de allá... Desde las cornisas festonadas de siluetas color de tierra caen lluvias de acero sobre los atrevidos asaltantes,.. ¡Suenan disparos!... Los defensores sienten la maniobra y como que se apresuran a destruirla sobre la gran serpiente ocre del camino zigzagueante... Y el golpe de centauros broncíneos y potentes sigue imperturbable su aproximación temeraria, en tanto arrecia sobre las testas uniformes y grises, el traqueteo intermitente de la fusilería. Una ametralladora modula su metálica cantinela de inclemencias... Caen agonizantes algunos montados y el panorama de los uniformes en contacto como que se extiende en ímpetu de instinto y protección... Margarito Galván, "el Yaqui", increpa a los dragones con rudezas enérgicas de plebeyas bizarrías fulminantes, enhiesto sobre los estribos del potro sofrenado...

¡ Adelante ! . . . ¡ Adelante! . . . El que se atrase se muere ! . . . ¡ Síganle ! . . .

Flagela la voz del nuevo Marte ecuestre y aborígen. .

—¡Si, hijitos, adelante!... ¡Ándenle, hijos, ya llegamos !

Acaricia la lengua persuasiva y fraterna de Grano de Oro, bajo el embozo negro de la negra pelerina recamada... Lejos, muy lejos, cantan los gallos mañaneros y altaneros y ladran los canes vigilantes y fieles al retumbo desusado de las armas ignicentes...

El Yaqui se acerca a su superior:

—¡Ya es tiempo, mi general, que se apee!...
¡No le vayan a dar estos hijos de!... ¡No ve como
pegan las balas de tupido!...

—¡ Todavía no, Yaqui ! . . . ¡ Todavía no ! . . .

Y continúan ambos a la cabeza de la tropa
dispuestos a alcanzar los suburbios de la villa, don-
de Buelna pretende instalar el Cuartel General de su
columna.

—¡Mi general, parece que ya lo reconocieron
y a usted le están tirando descaradamente! . . .
¡Nomás vea que tupidito avientan!... ¡Mejor bájese,
para avanzar a gusto, mi general!... ¡No le vayan a
dar!...

—¡ Todavía no, Yaqui ! . . . ¡ Todavía no ! ! . . .
. ¡ Allá junto aquel arbolito que me protege de su
vista, mientras tú les caes ! . . . ¿ Qué horas serán? .

—¡ Usted trae reloj, mi general... Yo se lo
puse anoche en su chaquetín!...

—Si; pero, hace un rato me lo arrancó una
bala... ¡mira... aquí, la quemada!...

—¡ Caray ! ¡ de veras ! . . . ¡ No ve ! . . . Si esa
bala no se enchueca lo mata!... Bájese!

—¡ Oye, Yaqui ! . . . ¿ Te acuerdas de nuestro
compromiso de esta madrugada...

—Si, mi general ! . . .

—¡ No lo olvides nunca!... ¡ Si me matan vas y
le avisas a Luisa...y...después... te quedas al lado de
ella y de los niños... para que me los cuides y . . .
¿sabes ?

—¡ Si, mi general!

—Para que me los cuides y... ¡no me la dejes
casar con otro ! . . .

—¡ Está bien, mi general!

—¡Y. . . si lo intenta. . . Yaqui, los matas a los
dos!... ¡Ahora, si tu mueres, yo seré el padre de tu

hijo, como he sido el tuyo!... ¡Conmigo vivirá lo mismo que contigo!...

—¡¡ Pierda cuidado, mi general, así se hará!!... Pero, bájese porque ya estamos en el arbolito y allí nomás queda la casa...

—¡ Bueno ! ; Bueno ! . . . ¡ Está bien ! . . . pero. antes . . . ¡ arriba, muchachos, sobre ellos !— ruge erguido sobre la silla de montar.

—¡¡ Adentro, muchachos, viva Buelna !!

Increpa el entusiasmo lírico de Galván, al par que confluyen los disparos y alborozos de desolación los ámbitos del campo, la convulsa jactancia enronquecida de las ametralladoras.

Grano de Oro contempla de pie y a pecho descubierto, el audaz acercamiento de sus hombres. Bajo el árbol huérfano de la margen ata el caballo, requiere su carabina y va serenamente al medio de la cinta urbanizada a proteger con su fuego, rodilla en tierra, el ardor de sus muchachos, entonando una canción de toscas añoranzas populares, que rueda alentadora hasta los suyos, cual briosa salmodia de potencias escondidas:

¡ Borrachita me voy para olvidarte!...

Pero, de súbito, la gallarda prestancia del soldado cantor se dobla lamentable en el miembro en flexión y cae sobre el polvo que se va ensangrentando por instantes, con los ojos de acero clavados en la infinitud cerúlea de los cielos bruñidos... ¡ Ni una palabra ! . . . ¡ Ni un lamento ! . . . ¡ Ni una queja entreabre aquellos labios finos, que tantas veces probaran el licor enervante de todas las victorias y el ósculo opulento de todas las fascinaciones!... ¡Ahí, sobre la costra púdica, está su cuerpo aguardando la piedad y la tregua en la lucha de los hombres, para expirar dignamente en el gran dolor de lo que no se restituye ! . . . Sereno, energético, y, tal vez un

tanto displicente. espera la tributación ineludible, con resignadas fertilidades interiores, bajo la tormenta de los odios desatados, que en vano pretenden nublar las diafanías espiritualizadas de la mañana virgen!...

El Yaqui ha rendido el baluarte merced a singulares heroísmos y en el atropello momentáneo del éxito feliz, quiere ofrendar a su jefe el amparo futuro y surge a la senda desolada y lenta en un bostezo paralítico de desolación y de dolor! Acucioso recorre las lontananzas de los rumbos por escuchar el cántico inicial que abrió tonalidades de ardentía al asalto inaudito de pujanza . . . ; Nada!... Sobre la áspera resequedad de un suelo sin caricias empapadas, suelto y lamentable, parécele colegir un bulto negro e inmóvil cabe el árbol donde descendiera el general. Frente por frente, y en opuesta vía, como que se aproxima precavido pelotón de gentes a caballo, en afán inequívoco de restituciones inmediatas.

—¡ Suárez ! Suárez !

Aúlla mejor que grita el lobezno selvático.

—¡Mande, mi mayor!

—¡Corre allí atrás, donde se apeó mi general!

Creo que está herido y no puede moverse! . . . ¡ Corre y sácalo de allí y llévatelo hasta los trenes, en tanto yo detengo aquellos que ya se la olieron y se nos vienen echando encima ! ¡ Ándale ! ¡ Corre ! . . . Llévate cuatro soldados contigo! ¡Aprisa, más que se mueran ! . . .

Y el intrépido jefe de la escolta de Grano de Oro se encara resuelto a la polvareda en marcha amenazante, descargando su pistola con la imperturbable quietud de un oficiante en ritos misteriosos de arcaicas beatitudes sanguinarias! ¡Y en la sensualidad de su delirio, rueda también atravesado,

abierto el pecho a las epifanías augustas de su fervor y su temeridad!

En las lejanas lindes del paisaje prosigue el tiroteo sus tétricas interrupciones claudicantes, que aplanan las pesaras quietudes de la villa en las incertidumbres estáticas del pánico ! . . .

—¡ Señorita, señorita ! . . . ¿ quiere decirme por qué no ha venido mi general a verme?

—¡ Cuál es su general, señor Margarito ?

—¡ Pues cual ha de ser!... ¡ Mi general Buena!... ¡ Mi único jefe!... ¡ Figúrese que ando con el desde chamaco!... ¡ Yo lo quiero como a mi padre ! . . . Es decir, como a mi padre no, porque yo no conocí a mi padre; pero, como se debe querer a un padre, señorita ! . . . Y él también me quiere a mí! por eso me extraña que no haya venido a verme! . . .

—Mire, joven dice el doctor que no platique mucho! ¡ Que le hace daño para su herida del pulmón

—A mi no importa nada sin mi general!..... ¡ Mándele avisar, señorita, que aquí está el Yaqui ! . . . ¡ Así nomás dígame ! El Yaqui ! Verá como luego, luego, se viene para acá!

--¡ Está bien; pero descanse, no se fatigue, procure dormir!...

Y la buena dama infatigable ocurre a otra sala donde también la llama el penar de los heridos graves, en esta amarga desviación de odios fraternales y sangrientos...Margarito Galván, el Yaqui, sobre su camastro improvisado de carne de guerra, mira la silueta diligente, a través de las penumbras enturgidas, cayendo, al perderla entre los pilares ahilados del soportal en ajetreos afanosos, de nuevo, en el macilento meditar de su desesperanza:

¿ por qué no habrá venido el general ? . . .

¿ Estará muerto ? . . .

Propincuo al lecho discurre un enfermero improvisado, con cierto aire invadido de meditación y de saudade...

- ¡ Oye, mano,—reclama el Yaqui—ven acá!

—¡ Quihubo !

—¡ Mira!—y le muestra el cañón pavonado del revólver inseparable—. ¡Si no me dices que es de mi general Buelna, te mueres aquí mismo!. . .

Hay una chispa alucinada en la negra y profunda pupila del chacal acorralado y dolido, que el asistente sorprende tembloroso.

—¡Si, mi mayor!... ¡Sabe?... al general... a su general lo mataron. . . ¿Sabe?. . .

—¡ Con razón no me venia a ver ! . . . ¡ Cómo iba a venir!... ;Gracias, manito, muchas gracias!... Y. ahora, ¡ vete ! . . . ¡ Vete luego ! . . .

—¿Pá qué quiere que me vaya?

—¡ Para poder llorar ! . . . ¡ Me da vergüenza delante de ti ! . . . ¡ No ves que los hombres no lloran ! . . . ¡ Yo nunca . . . lo . . . había . . . hecho ! . . .

Y se tapa la cara con las cubiertas de su cama sollozando la Infinita ternura de su nueva orfandad, tremante en la piedad endurecida y bronca de un hospital sin bendiciones ! . . . Fuera, inquietan las tenues policromías del invernal crepúsculo los clarines guerreros, que gimen en bronce, camino al cementerio, compases heroicos de la Marcha Dragón tras el cadáver exhumado de Grano de Oro, salmodiados por lágrimas metálicas de un escudero abandonado al dolor infinito de no saber llorar!

SENDEROS DE GRATITUD

-¡Señorita, yo tengo que irme aunque no me den de alta!...¡Es necesario que salga!...¡Y luego!...

-Pero, si no está curado, señor Galván!...Su herida no cierra todavía...¡Apenas hace tres días escupía usted sangre!...

¡No le hace, señorita!...¡No le hace!...¡Tengo que irme y no me detengo por nada!...pero, como estoy agradecido a usted, muy de veras, no desearía que se perjudicara con mi ida!...¡Déme mi alta, señorita, y perdóneme!...

Y el Yaqui arrebuñado en su amplio abrigo militar de un gris torvo y macilento, mira que va su interlocutora, en súplica, tras el médico de la sala, que también se opone a la salida del herido.

-El doctor se niega, Señor Galván, a darle de alta...¡ya usted ve!...Afirma y con razón, que no está usted curado todavía...que...puede sobrevenirle una...complicación infecciosa...tal vez sería...y la responsabilidad del caso en él y nada más en él recaería...¡A mí, Señor Galván, se me figura que está en lo justo!...

-¡Pues, con todo y eso, señorita, yo me voy!...¡quiera o no quiera!...¡y tope en lo que tope!...

-¡Hará usted perfectamente mal, señor Galván!

-¡Mal o bien, me voy aunque me muera!...¡Es un sagrado compromiso con mi jefe muerto y debo cumplirlo de cualquier manera!...¡Con que...hasta luego y muchas gracias por todas sus atenciones y bondades!...¡Ojalá un día pueda pagárselas de algún modo, señorita Amalia!...¡Adiós!...

-¡Así lo quiere usted, pues,...¡adiós!...¡No daré parte hasta que esté usted afuera!...¡No lo vayan a detener!...

-¡No creo que se atrevan y si lo hicieran, peor para todos!...¡Adiós y gracias...de veras, señorita Amalia!...

Y el jefe de la escolta de Grano de Oro, el impúber minero de Pánuco, recogido y adoptado cuando las duras bregas iniciales de la Revolución, que ahora ostenta en su espiguilla la estrella solitaria de Mayor y el bozo ralo de indígena veinteañero, atraviesa pesaroso y trabajoso las rúas encanijadas de la ciudad levítica, husmeando el panteón. En la gran puerta generosa del Dolor y de la Muerte inquiere por la tumba del desaparecido a un anciano tosco y cuarteado de piel que aliña flores, desvahando ramas, en los jardinillos piadosos de las sepulturas.

-¡Allí, sobre su derecha...la primera....¡la más fresca de su derecha!...¡esa que tiene una corona marchita que ayer trajo, por cierto, una señora!...

-¡Gracias, amigo!...¡No le doy nada porque nada tengo!...

Ante el montón de arcilla recién pisoneada, casi sobre la ofrenda anónima y única de soledad y de melancolía, se para Galván, llorando lentamente, religiosamente!...y clava sobre el mutismo agresivo de la fosa indiferente y sorda, el rayo rectilíneo y contumaz de su oscura pupila penetrante...Así, permanece hierático y sombrío las largas horas del anochecer...

¡Adiós, mi general!...¡Le tocó a usted primero, señor, contra mi voluntad!...¡Voy a avisarle a Luisita!...¡Adiós, mi general!...y...¡pierda cuidado, si es que allí lo tiene, que cumpliré el compromiso!...¡El

día que deje de quererlo la mataré, señor! ¡Pierda cuidado!...¡Adiós mi general!....

y entre el sollozo sordo de tigre o de pantera que rebota entre las tumbas en impotencia refrenadas, hunde sobre la cabecera del sepulcro, el silvestre epitafio de su veneración, escrito, con letra temblorosa y primitiva, sobre rústico trozo de madera:

**¡AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE UN HOMBRE!
¡RAFAEL BUELNA!
¡MI JEFE, MI AMIGO, MI PADRE!**

(Margarito Galván).

Por desviados derroteros escondidos marchó el Yaquí en busca de la amada y de los hijos que, a la sazón, ignoraban su desgracia. Hurtándose aquí, oculto acullá y a lomos de sufrido rucio pensativo, violó inhóspitas serranías, zahareños y despiadados peñascales, bebió en arroyos de fresco y cantarino trasegar, alimentando el penar de su carne lastimada y sufriente con el fruto jugoso de los árboles patriarcales y opulentos y el zumo lacerado de su corazón en pesadumbre!...De la herida tierna y magullada, por vigiliás y traumas prolongados y crueles, manaba pestilente icor pegajoso, que endurecía las torpes caricias del apósito, en guiñapos donde hervían larvas el succulento manjar de las putrefacciones, cual en la oscura biología del sufrir de las bestias!...Y todo por ser, huérfano de nuevo, en el íntimo estrujón de un abandono irremediable, como que trascendía la esencia de pena celular, en la ablución de una congoja sin confines...Desorientado, no topaba su destino en este gravitar de su desesperanza, ni miraba las líneas definidas de su progresión sobre la Vida, más allá de aquella niebla bañada en lágrimas, que cerraba sus órbitas en desesperaciones resignadas. Y seguía, la derrota cuajada de augurios desgajados, en arrimo a la mujer, que tanto amara el

alma aventurera e inquietante del Jefe, del Señor y del Amigo!. Su pasmo físico y la moral angustia acrecían a compás de su proximidad al hogar deshecho. ¡Qué iba a decir a quien prometió cuidados y desvelos de salvación y de salud?...¿Cómo presentarse ante la amada expectante con la estéril maldición de su mensaje?...¿Porqué no lo habían matado junto con su jefe?...Y seguía y seguía sobre el lomo filosófico del asno, que salvaba relices peligrosos bloqueándose en la ponderación de su prudencia bíblica....

Y arribó, al declinar de un día entoldado y amenazante de llovizna...Al amparo de una cañada, hosca de breñales, aguardó las sombras, para protegerse a indiscreciones turbadoras. Ante el caserón de añeja cepa colonial, meditó un punto, sin decidirse a llamar con el aldabón orinoso sobre la hoja desconchada y pringosa del zaguán familiar...Un instante y sonaron pausados tres golpes, que huyeron hacia el fondo, en tosca anunciación rotunda:...Ella, Luisa, la esposa fervorosa del héroe, franqueó el paso:

-¡¡¡¡Qué hubo, Yaqui!!!!!!.....¡¡¡¡¡Y Rafael!!!!!!.....¡¡¡¡Dónde está Rafael!!!!!!

Inquirió sobresaltada y gutural...Margarito permaneció en silencio, como atenaceado por garras invisibles, hundidas en la garganta morena y flácida...Y ella constriñó apremiante:

¿Dónde está?...¡Qué le hicieron?... ¡Dígame!!!.

Y al hablar le sacudía impetuosa y desordenada, atrayéndole, con violencia, al interior:

¡¡¡Dónde está!!!!.....

-Allá, Luisita!!!!, -pudo replicar el triste oficial desconcertado....

-¡Muerto, verdad?..¡Lo mataron!..¡me lo mataron!..y...usted..¡no supo..defenderlo!...¿Verdad?..¡Por eso está aquí vivo y él allá...¡muerto!...

¡Y azotó como una peña desgajada de la cumbre en la hora inclemente de la tormenta negra! Los dos niños acudieron, azorados e inhibidos de sorpresa, ante la madre y el viejo camarada de los ocios infantiles, que una mañana partiera con el papá sonriente y hora tornaba solo, enflaquecido y lastimoso...

-¡Yaqui!, ¡Yaqui!, ¿dónde está papá?

-¡Espera! ¡Espera!...¡Yo te voy a llevar con él!...¡Oiga, Chacha María, llévase a los niños!...Y usted Isabel, acompañe a doña Luisa a su cámara...¡Necesita salir mañana temprano conmigo y es fuerza que se reponga! ¡No la dejen sola!....

Y en la niebla rueda anónimo y desconcertante, cual trueno que retumba ignoto en la zozobra de la lejanía!.....

-Ya vamos a llegar a la ciudad....Nomás bajamos esta cuesta....A la derecha, entrando, está el panteón...Antes de visitarlo sería mejor que descansara un poco en casa de don Lupito, el amigo de mi general....

-¡No me siento cansada, Yaqui!

Y la dama, amazona doliente de fatigante jornada interminable, al destello postrero de la tarde, desmonta ágil frente a la choza de don Guadalupe, anciano sarmentoso, ladino y servicial, que fuera gran camarada de Grano de Oro en añejas correrías episódicas de sus holgares ruidosos y bravíos...

-¡Señor, será hora todavía de visitar el panteón!

-Creo que sí, señora. Sobretudo yo soy amigo de los encargados y puedo conseguir que pase...

-Yaquí, vamos...el señor nos lleva....

-¡Bueno!...¡Cuando guste, doña Luisa!

Y se marchan antes que suene la hora del recogimiento en el recinto augusto de los eternos sueños....

-Por aquí a su derecha, doña Luisa...Allí donde está esa tabla escrita...Yo la puse...y...¡yo la escribí, doña Luisa!

Ella, sin fijarse siquiera, póstrase llorosa y reverente, en un fluir incontinente de lágrimas traslúcidas bajo la sombra lenta de sus pestañas negras...Gime, gime todos sus recuerdos, todas sus emociones, ¡toda su vida! ¡truncada y yerta, sobre aquel cuerpo inanimado, que ya no agita la pasión de sus ternuras recias sobre la candidez sedaña y aromada de la juventud!....

Una afluencia de penumbras va descendiendo de las cimas en esbozos que funden aristas y contornos, entre vaguedades de alucinación. La triste se yergue, aureoleada en carmines, bajo el casco bruñido de su pelo azabache.

-¡Luisita!, -requiere el Yaquí amaestrando acento en dejos perfilados de respetuosa conmiseración, -escúcheme aquí, sobre la tumba de mi general, algo que debo decirle!...

-¡Está bien!...

-Mi general y yo, antes del combate en que lo mataron, hicimos un pacto....

-¡Sí?

-¡Sí! ...¡Que yo cuidaría de usted y de los niños si lo mataban a él...y, si a mi, él cuidaría de mi hijo como cuidó de mi!...

-¡Muy bien!....¡Yo se lo agradezco, Yaqui, de todo corazón!

-¡No tiene porqué! ¡Es mi deber!...Pero, hay otra cosa, Luisita, por la que me atreví a detenerla un poco en este lugar...

-¡Usted dirá!....

-También me comprometí a...¡matar...a...usted!. ...si algún día...¡lo olvidaba y se casaba....con otro!.... ¡A usted....y,,al otro!

-¡Está bien, Yaqui!....¡Puede vivir tranquilo!....

-¡Si no fuera por eso, doña Luisa, con esta daga, que es lo único que pude salvar de la derrota, me partiría el corazón aquí mismo!....¿para qué sirvo ya?...¡Aquí mismo, se lo aseguro a usted!

-¡Gracias, Yaqui! ¡Muchas gracias!...

-Y ahora, señora, váyasey espéreme....!
Si no vuelvo es que estoy preso en la guarnición de la plaza....Tome, entonces, su tren y reúnese con sus padres, donde seguramente ya estarán los niños!...Don Guadalupe le servirá de guía; conmigo podría usted tener dificultades; por eso, me voy a presentar. ¡Adiós!

-¿Usted es el oficial de guardia?

-¡Sí. ¿Qué se le ofrece?

-¡Yo soy Margarito Galván, el Yaqui! ¡Jefe de la escolta personal de mi general Rafael Buelna!

Al escuchar el nombre del milite indomable corre un calosfrío de respetuosa admiración por la exigua sala repleta de amnistiados...

El oficial replica:

-Está bien. Aguarde un instante-

Una pausa de asentimiento gravita en la cámara densa de humo, de murmullos y de paciencias en fatiga...Luego, la palabra cortante del galoneado guardián, que reaparece:

-¡Margarito Galván!

-¡A la orden!

-El Coronel Jefe de la Guarnición, que pase!

Un hombre sentado ante un pupitre de caoba roja....Galones, presillas, botas y kepies....Van, vienen; entran, salen, en desacordado tráfago febril...El coronel hunde su mirada en el recién venido:

-¡Usted es Margarito Galván?

-¡Sí, señor, a la orden!

-¡Es usted el yaquí?....¡El jefe de la escolta de Grano de oro?

-¡Para servirle!

-¡Tenga!, -y le alarga un papel-. Por acuerdo expreso del Jefe de las Operaciones en el centro, queda usted en libertad y puede retirarse!

-¡Gracias! ¡Con permiso!

Y el rudo compañero del muerto paladín surge a la luz indecisa de la calleja iluminada, con un indefinible deseo de apagar la estéril impotencia de no ser nada ahora, ni esperar de mañana la piedad de ser algo!

FIN

COMENTARIO

Nicolás Vidales Soto

Casi dos tercios de siglo han transcurrido desde el momento en que Ediciones BOTAS publicara el libro Grano de Oro –silueta-, de la autoría del reconocido escritor Baltasar Izaguirre Rojo, una de las olvidadas glorias de las letras nacionales, que tomó la pluma para redactar, en amenos cuentos cortos de profunda inspiración, una semblanza, -silueta dice el escritor-, de un personaje que conmovió el sur de Sinaloa y el Norte de Nayarit, y que todavía se extiende, poco a poco, pero con firmeza, en el corazón de las nuevas generaciones mexicanas: Rafael Buelna Tenorio, Grano de Oro, el Benjamín de la Revolución, El granito de oro arrancado a las vetas de la revolución mexicana, el protagonista sin par de las caballerías de la revolución, que después retomaría José C. Valadés para legarnos otra biografía novelada de tan singular personaje.

En una treceña de cuentos, número por demás cabalístico, Izaguirre Rojo va describiendo el carácter de Rafael Buelna, apoyándose en algunos casos con metáforas elegantes y sintéticas, que hacen del texto una pieza literaria amena, interesante, atractiva y atrayente, que motiva al lector a continuar pegando sus ojos a los párrafos que la componen. En cada cuento, el escritor recrea el paisaje en que se desarrolló el suceso, pincelándolo cuidadosamente para ofrecer la mejor perspectiva a su trazo, haciendo aparecer al protagonista en su natural personalidad y

ofreciéndonos un aspecto de su carácter juvenil, arrojado, temerario, justo, plenamente humano y visionario.

Qué lástima que Grano de Oro, de Baltasar Izaguirre Rojo permanezca olvidado y empolvado entre viejos anaqueles, sobre todo ahora que estamos más necesitados de reencontrarnos con nuestras raíces históricas y culturales a través de recursos literarios tan valiosos como el comentando y de sujetos tan siniguales como el “general más joven de la revolución mexicana”, orgullosamente hijo de Mocorito y Sinaloa.

Izaguirre dice que va a escribir dándole vida a los cuentos para matar las realidades, haciendo un esfuerzo que deleita al lector, tanto por la calidad de los personajes como por la trama en que los monta, trama que no está lejos de la realidad, aprovechando el recurso para hacer certeras, aunque no tan veladas, críticas a los nuevos mandones de la sociedad, aparejados tanto en el poder civil como militar.

El estilo de Izaguirre nos obliga a leer despacio, comprendiendo, saboreando el texto, dando oportunidad a que las palabras se metan, poco a poco en el entendimiento; de otra manera, el ejercicio de la lectura se convertirá en un esfuerzo poco agradable.

El escritor transcribe la verdad como cuento, para que la realidad no asuste a los lectores, ni los espante hacia otros rumbos sin destino. Poco a poco, mesuradamente, el autor va dejando caer los pedazos de realidad que forman parte de la cotidianidad que vivimos, procurando que tampoco se convierta en una impactante llamada de atención a los protagonistas del nuevo momento social.

Izaguirre Rojo aprovecha el raite para cobrar facturas a algunos personajes que posteriormente se encumbrarían en las redes del poder, personajes que en algún momento opinaron adversamente, por descreimiento, hacia el sujeto central de los cuentos: Grano de Oro, el Gral. Rafael Buelna. En este cobro de facturas no perdona apellidos, y aunque no dice el nombre o lo cambia por otro parecido, la identificación del personaje no deja lugar a dudas. No sólo factura en nombre de Buelna, sino que también se pitorrea de los nuevos prohombres al etiquetarles, en boca de otros, adjetivos que les quedan grandes en demasía, empequeñeciéndolos en su comprada grandeza social.

En lo que Izaguirre no tiene pérdida, es en el uso y reuso de un lenguaje mundano y real con que se expresan sus personajes, sobre todos los héroes desconocidos, que inventan cada palabra, giro, vocablo y entonación para dar a entender no solo el significado, sino la intención de lo que dicen, y esto no es fácil, sobre todo para un intelectual letrado y de altos vuelos como es el autor de Grano de Oro.

INDICE

	Pág.
Grano de Oro	2
Salmo de Salutación y Envío	3
El Cuento de Godínez	6
Rebeldía	17
Un Presenta de Año Nuevo	25
El Dolor de Mandar	37
Don Gerifalte	52
El Ciego Sebastián	65
Un General de Oropel	77
Una Aprehensión Bajo la Lluvia	88
Gandarita	96
Garzupa	105
¡Gracias, Grano de Oro!	115
El Terraplen	126
El Yaqui	138
Senderos de Gratitude	148

